

Electra en Oma

Un Jurado integrado por
Fernando Almena, Francisco Díaz de Castro,
Lukasc Gornicki y Carlos Murciano,
bajo la presidencia de Francisco Javier Díez de Revenga,
otorgó a esta obra el Premio Beckett de Teatro
en su primera edición.

Esta obra ha obtenido una Ayuda a Autores de Teatro de la
Comunidad de Madrid en 2004.



Comunidad de Madrid
CONSEJERÍA DE CULTURA Y DEPORTES
Dirección General de Promoción Cultural

Pedro Víllora

Electra en Oma

Premio Beckett de Teatro 2005



FUNDACION VALPARAISO

FUNDACIÓN VALPARAÍSO

Mojácar, Almería, España.

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, incluido el diseño de la maqueta y la cubierta, su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

- © Pedro Manuel Vllora Gallardo, 2006
- © Fundación Valparaíso, 2006
Apartado 836, E-04638 Mojácar Playa, Almería (España)

Cubierta:

Imágenes de *El bosque de Oma*, de Agustín Ibarrola

Fotos: Tere Ormazabal

Dibujo de solapa: "Autorretrato", por Paul Beckett

- © *Del diseño, maquetación y preimpresión:*
Vicente A. Serrano / Esperanza Santos [estilográfico]

Dep. Leg.: M

Impreso en España - Printed in Spain

Gráficas Algorán S. A. Alcalá de Henares

Prólogo

Santiago Martín Bermúdez

ESO SE LLAMA LA AURORA

A vueltas con los átridas

Las casas de Atreo y Lábdaco son favoritas de la tragedia ateniense que se ha conservado. Si Giraudoux escribió un *Anfitrión* (también una *Electra*, como veremos) y le llamó *Anfitrión 38* para indicar que había por lo menos 37 antes que el suyo, y que lo iba a tener muy en cuenta, Pedro Manuel Villora no va a poder numerar su *Electra* porque, con ese nombre o con otro, las peripecias de los átridas han inspirado a demasiados a lo largo de demasiados siglos. Sólo entre los atenienses que se conservan, las historias de esta sufrida familia dieron lugar a las tres tragedias de la *Orestíada* (Esquilo), a una de Sófocles (la paradigmática y tardía *Electra*, que consigue llevar la atención sobre la muchacha, y que se opone tanto al viejo Esquilo como al joven Eurípides), y nada menos que a cuatro del legado de Eurípides: *Ifigenia en Aulide* (el origen del rencor de Clitemnestra, aunque ya sabemos que hay otros orígenes), *Electra* (una *Electra* muy cotidiana, dra-

mática, no trágica), *Orestes* (un Orestes propicio al siquiátrico, o al menos al diván) y, en fin, *Ifigenia en Táuride*, que entre otras cosas contiene una anagnórisis “de libro”. Aún podemos añadir otra, *Helena*, reconciliación de ésta y de Menelao, una curiosa terapia de parejas que al cabo de los siglos inspirará a Hofmannsthal y a Richard Strauss. En virtud de una terapia egipcia, Menelao y Helena terminan mucho mejor que Agamenón y Clitemnestra. Telémaco, hijo de Odiseo, los visitará y quedará admirado de la armonía de aquella casa, en contraste con los males desatados en otras casas de grandes héroes, entre ellos la suya.

Siento debilidad por la *Electra* del vienés Hugo von Hofmannsthal. Considero que la ópera del bávaro Richard Strauss a partir de esa pieza es una de las grandes obras del repertorio del siglo XX. Hay mucha patología, mucha violencia, mucho siglo XX en ciernes, y que conste que tanto la pieza como la ópera están compuestas todavía en eso que se llamó la Belle époque, una época que terminó cuando los altos mandos de diversos ejércitos nacionales consiguieron en 1914 imponer una guerra a sus países, una guerra que se les fue de las manos y que en rigor no acabó hasta 1945. El drama de la casa de Atreo, la enemistad a muerte entre madre e hija, la cobardía de Egisto, todo quedaba como un juego de niños ante la magnitud de lo que iba a suceder en esos 30 años. Alguien debería escribir esa otra tragedia. Acaso esté escrita, y yo la ignoro, y sólo conozco piezas parciales. Villora se aparta de la patología que proponen Hofmannsthal y Strauss, pero como ellos sigue el camino de Sófocles, no el de los otros dos trágicos. El punto de vista es de la muchacha, mientras que la espera y la esperanza se fija en el ausente Orestes. La anagnórisis será el anuncio de la catástrofe, entendida como expiación, liberación y nuevo comienzo o refundación. Habremos de verlo al cabo de otros puntos.

Oma, precisamente

Oma es un nombre geográfico concreto. Oma (valle, bosque, lugar) se encuentra en el País Vasco español, pero en Oma también tenemos el bosque animado y nada petrificado de Agustín Ibarrola. Para la reasignación mítica de Villora, el bosque de Oma es el ámbito de la memoria no corrompida (dice Electra: “Desde el bosque de Oma se ven y se saben cosas terribles, y yo estoy aquí para conocerlas y revelarlas”). Esto es, lo contrario de la memoria nacionalista, que inventa el pasado como inventó el odio, que levanta una mentira y la convierte en certidumbre. (El Coro: “Hombres que nos expulsan de nuestras casas, que educan a nuestros hijos en el mal volviéndolos contra nosotros. Hombres que cambian la historia [...] Engañan a los niños con un mundo inexistente...”, etc. etc). Con un bosque como el de Oma es imposible que el pasado sea imprevisible, como trata de conseguir el nacionalismo, recreador de toponimias y de pretéritos improbables. Electra se ata a un árbol del bosque de Oma para que Egisto no tale toda la memoria e instale la suya, la inventada. De manera que el bosque sagrado es memoria cierta, al margen de la memoria fingida de la polis, de Argos.

Sí, los hombres de Egisto y de la asfixiante sociedad levantada por el nacionalismo tratan de cortar los árboles de Oma, que son los árboles del conocimiento, pero también desearían hacer desaparecer esas esculturas, obra de un tipo que “no es de los nuestros”. La limpieza de la memoria –es decir, el lavado de cerebro nacionalista, con métodos nazi-stalinistas, sus inseparables– es la condición imprescindible para la limpieza étnica. Hubo un tiempo en que el nacionalismo tuvo el canto y el apoyo del poeta. Hoy, como demuestra *Electra en Oma*, se ha quedado sin canto y sin apoyo. Se ha quedado con el aparato corrompido y corruptor. Tal vez le baste con eso, tal vez era eso lo que siempre buscó. El caso es que no se puede tener el can-

to al mismo tiempo que la mentira. Antes o después, el poeta se da cuenta de su error y, lamentando que una vez más se haya hecho uso espúrio de su blancura, retira el apoyo a los recolectores de nueces. Villora pertenece ya a esa generación a la que no le hace demasiada mella renunciar a la mentira del nacionalismo, sabe que eso no es progreso, que eso no es libertad, sino mordaza. Esa mordaza que el corifeo acaba reconociendo: “He sido tan cobarde como cualquier otro al aceptar ciertas cosas sin rebelarme”. Esa causa es la causa de lo pequeño y lo vil: “Eres pequeño, Egisto –le espeta Electra al flamante tirano–, y por eso intentas que Argos sea tan pequeña como tú”. “Lloran la suerte de Argos –dice Demódoco de las gentes del Coro–, sometida a un poder excluyente que nada quiere saber de los que no le son fieles ciegamente”.

¿Le sorprenderá a alguien que Villora le dedique esta obra “a las víctimas”?

Reelaborar la tragedia antigua

Yo diría que Villora se permite en *Electra en Oma* una ruptura con respecto a sus planteamientos y códigos anteriores. El autor de *Las cosas persas*, *Amado mío* y *La misma historia* ha decidido pasarse a los códigos del pasado, de aquella manera que evocaba Stravinski: volvamos al pasado, y será un progreso. Hay mucho conocimiento de la tragedia ateniense en *Electra en Oma*. Es de esas veces en las que el profesor, el conoecedor, el estudioso, se desdobra sin menoscabo y sin pedantería en el creador artístico. Villora puede enseñar en sus clases “qué es la tragedia ateniense”, mas también consigue escribir una con el nivel de conciencia posible de nuestro tiempo, sin atribuirle al pasado lo que el pasado desconocía. Para su *Electra*, no ha manipulado a Sófocles, ni siquiera a Hofmannsthal; ha partido de aquél y ha llevado a cabo su propia reelaboración del mito. No se comporta como el direc-

tor teatral estrella que señala lo progresista que eran Shakespeare o Sófocles, sino como el creador que reasigna recursos poéticos y dramáticos para levantar una nueva visión del mito. El conocimiento y aplicación de los elementos de la tragedia antigua se advierte no sólo en la presencia del coro, sino en determinados usos muy concretos, muy atenienses, tales como la esticomitía sugerida de algunos diálogos (dos personajes; cada intervención, una línea) o la propuesta de casi-estásimos del coro. Y determinadas frases muy del acervo aquél, que sin embargo siguen diciéndonos cosas, siguen resonando en nuestra conciencia de hoy¹. Y, cómo no, en las dos grandes anagnórisis que se dan en la obra, la de Electra y Demódoco, y en especial la de Electra y Orestes, que tiene modelo propio, y que por ello es un desafío al recrearse pasados los siglos y rotos los diques de las conciencias. La anagnórisis, como bien sabe el lector, es ese momento en que se reconocen dos personajes, como si el pasado se recompusiera; o, si no, el protagonista reconoce algo, cae en la cuenta, toma conciencia (diríamos hoy): una epifanía. La anagnórisis siempre es epifanía de lo que estaba oculto, aparte, marginado, olvidado, reprimido, ausente. Sea persona o hecho, pariente o concepto.

Esta obra tiene un coro. Atención a esto. Es un coro que evoluciona, que pasa de perseguidor a víctima, no es un coro estático. Una de las preguntas que nos hacemos a la hora de poner en escena una tragedia ática es ¿qué hacemos con el coro? El coro tiene largas parrafadas o cantos de índole lírica, o de relato sacado de la épica; lo religioso impregna a menudo su discurso, una religiosidad de comprensión inmediata por la vigencia en su

¹ Como cuando le dice Demódoco a Electra: “Admiro tu coraje, pero a veces es mayor el valor que exige la prudencia”. O el coro: “No digo que la princesa mienta, eso no; pero hay momentos en que decir la verdad no es lo más conveniente ni sirve de nada”. Que insiste: “Hija de Agamenón, deja de imprecicar al que rige nuestras vidas; piensa si tus quejas no serán un imán que nos atraiga las desgracias”.

momento de historias, leyendas y devociones. El coro toma parte en la acción sólo en determinados momentos de tragedias como las que componen *La Orestíada*; ahí el coro evoluciona, como Vállora ha hecho evolucionar al suyo, y toma partido a favor de la conspiración de Orestes y Píldes frente al poder usurpado por Clitemnestra y Egisto. El coro de Vállora, a mitad de camino entre la revisión de la tragedia antigua y la actuación de un conjunto operístico, es personaje actuante y sufriente y no acude a aquellos cantos e invocaciones porque esto no es arqueología, sino revisión del mito para un nivel de conciencia de nuestro tiempo.

El retorno de Demódoco a la patria

Una innovación de especial interés es la presencia del aedo Demódoco. No hay que confundirlo con el Demódoco de *La Odisea*, el que canta en la corte del rey feacio Alcínoo. Vállora leía esa preciosa guía turística que es la *Descripción de Grecia* de Pausanias, fuente muy tardía (siglo II después de Cristo) y, según él mismo nos cuenta, asoció este Demódoco a otro personaje innominado en las tragedias, otro aedo griego, pero en este caso de Argos. Pausanias se refiere al supuesto desdén de Homero a tratarse con reyes, aunque también es cierto que “Homero escribió que Demódoco estuvo en la corte de Alcínoo y que Agamenón dejó a un poeta junto a su mujer”². Agamenón dejó al poeta para que cuidara de su esposa, Clitemnestra, y de la regencia de la polis, para que la hermana de Helena no se desmandase. En *Odisea*, Néstor cuenta el acoso de Egisto a Clitemnestra, aprovechando la ausencia del rey y de las tropas, y nos da noticia del tal aedo, al que no nombra:

² Pausanias: *Descripción de Grecia*, vol. 1 (de 3), Libro I, 2, 3. Edición y traducción de María Cruz Herrero Ingelmo. Biblioteca Clásica Gredos. Madrid, 1994.

“Mientras todos allá soportábamos tantos trabajos,
él [Egisto] tranquilo en el fondo de Argos, criadora de potros,
requería con palabras de amor a la esposa del rey.
Clitemnestra divina negóse al principio a la infame
pretensión: era aún virtuosa en su pecho y tenía
junto a ella a un aedo a quien, presto a embarcar para Troya,
el Átrida prolijo encargó de velar por la reina.
Mas fatal decisión de los dioses la ató a la derrota:
llevó él al cantor a una isla desierta y dejólo
convertido en despojo y botín de las aves; entonces,
a su gusto entregados los dos, trasladóla a sus casas³”.

Así pues, VÍllora asocia el Demódoco feacio al Demódoco argivo gracias a Pausanias, que los invoca al mismo tiempo. Y de ese breve chispazo surge este formidable personaje, que VÍllora hace regresar a Argos en contra del relato homérico de Néstor. Tenemos que advertir algo más. En el *Diccionario de mitología griega y romana* de Pierre Grimal, en la voz Demódoco, aparece lo siguiente: “Es el nombre de dos aedos que desempeñan sendos papeles en las epopeyas homéricas”. El primero es el feacio, desde luego, pero “el segundo es el aedo que Agamenón, al partir para la guerra de Troya, había dejado a su esposa Clitemnestra [sic], con el fin de vigilarla y darle buenos consejos. Pero no consiguió defenderla de la seducción de Egisto⁴”. ¿De dónde saca esto Grimal? ¿Será que el erudito francés tuvo un chispazo semejante al de VÍllora?

Me hace notar Carlos García Gual el carácter de “nombre parlante” de Demódoco. Doxa (opinión popular, acaso fama) y

3 Homero: *Odisea*, III, 262-273. Traducción de José Manuel Pabón. Biblioteca Clásica Gredos. Madrid, 1982.

4 Pierre Grimal: *Diccionario de mitología griega y romana*, p. 133. Traducción de Francisco Payarols. Paidós. Barcelona, 1982. En este diccionario el nombre de la reina se transcribe así, *Clitemnestra*.

demos (pueblo, por decirlo con un concepto moderno) son las raíces de este nombre. La opinión que quiere el pueblo, ése y eso es Demódoco. Aunque ese pueblo tarde en admitir, cegado por la superstición impuesta por Egisto, la realidad de la propia opinión.

Con Demódoco regresa a Argos la verdad, la memoria no fingida, la auténtica memoria. Mas Demódoco parece destinado a ser sólo testigo, no actor del regreso de la memoria. ¿La impotencia del intelectual, de la lucidez frente a la brutalidad de la memoria oscurecedora de los Egistos? Pero Demódoco es desencadenante y, en cualquier caso, se trata de una espléndida innovación en la nueva hechura del mito que acomete Villora.

Aurora

La tensión dramática que se acumula en las dos partes de la obra lleva a Electra a su propia anagnórisis, a reconocerse a sí misma ante la destrucción sistemática planteada por el poder. Y estallará tras el regreso de Orestes. Como en las fuentes clásicas, Orestes da muerte a Egisto. Pero no asumirá el poder. La lucha lo hace incapaz de administrar la victoria. Eso es cosa de otros. Entonces, acaso sea posible la paz en la ciudad, en la polis. Entonces acaso sea posible “la aurora” de un nuevo tiempo en el que queden conjurados los crímenes y hechos de sangre protagonizados por la atormentada familia de lo átridas. Y decimos “la aurora” en el sentido de otra *Electra* muy distinta a la de Villora, la de Giraudoux, que mencionábamos antes. “¡Estarás satisfecha –dice la segunda Euménide a Electra en la escena final-, la ciudad se muere!” “Satisfecha estoy –responde Electra- Desde hace un minuto sé que renacerá”. Estamos en pleno desenlace catastrófico, cuando Electra repite una y otra vez: “tengo la justicia, lo tengo todo”, en presencia del extraño Mendigo, que ha sido mensajero y más cosas (era el papel que se reservó Louis Jouvet), y la Mujer Narsés le habla a la protagonista:

LA FEMME NARSÈS.- “Je sens évidemment qu’il se passe quelque chose, mais je me rends mal compte. Comment cela s’appelle-t-il, quand le jour se lève, comme aujourd’hui, et que tout est gâché, que tout est saccagé, et que l’air pourtant se respire, et qu’on a tout perdu, que la ville brûle, que les innocents s’entretuent, mais que les coupables agonisent, dans un coin du jour que se lève?

ELECTRE.- Demande au mendiant. Il le sait.

LE MEDIANT.- Cela a un très beau nom, femme Narsès. Cela s’appelle l’aurore”.

Y así concluye la obra de Giraudoux. Con la frase ”eso se llama la autora”, que le gustó a Emmanuel Roblès para una obra con exotismos, que adaptó Buñuel nada menos que con María Félix y Gérard Philipe.

No hay en la pieza de Villora tanta destrucción de la ciudad como en la de Giraudoux, pero sí una propuesta de aurora después de las tinieblas. Y en esa aurora no tienen cabida los que han recuperado con violencia la auténtica memoria. Electra y Orestes saben que tienen que renunciar al poder: “Clitemnestra y Egisto fundaban su poder sobre la destrucción y el crimen –dice Electra–, y si yo les sucediese en el trono no habría nada en mí que me diferenciase de ellos”.

A mi juicio, la *Electra* de Villora puede alzarse con todo derecho junto a las muchas secuelas que esta joven ha inspirado a partir de Eurípides, desde la terrible y casi isabelina tragedia de Prosper Jolyot de Crébillon, de 1708, hasta la de Hofmannsthal, por no referirnos a las antiguas óperas (se conserva una *Electra* de Grétry, de la que no tengo más noticia). Y, desde luego, junto a la de Giraudoux, aunque la protagonista de Villora no sea la adolescente pura, de implacable inocencia, que presentaba el dramaturgo de Bellac hacia 1938, durante la catástrofe de la gue-

rra de España y la cobarde entrega de Checoslovaquia, y antes de la gran catástrofe, que ninguna cobardía pudo evitar. Lo implacable en la Electra de Villora es de otra índole.

Santiago Martín Bermúdez

Electra en Oma

PERSONAJES:

Electra-Clitemnestra

Demódoco

Egisto

Orestes

Agamenón

Corifeo

Coro

NOTA:

Toda la acción transcurre en el Bosque de Oma, un espacio inspirado en el creado por el artista Agustín Ibarrola y situado para la obra a las afueras de la ciudad de Argos.

a las víctimas

El significado de las tragedias de Orestes
es única y exclusivamente político.

Pier Paolo Pasolini

PRIMER ACTO

CORO: Cortad, cortad, cortad. Cortad los troncos,
las ramas. Arrancad las raíces que se adentran en la tierra.
Extirpad el cáncer que ha crecido en la ciudad de Argos,
la herencia del odiado Agamenón. Cortad,
cortad, cortad. Cortad los árboles,
acabad con el bosque de Oma. Cortad.

DEMÓDOCOC: Oigo otra vez esas voces y el ruido de las hachas.
Voces extrañas que gritan palabras extrañas.
Hombres extraños. Estos no son mis hijos,
no son aquellos que crecieron a mi lado.
Pobre Agamenón; tu nombre se extingue.
La ciudad que conocí pertenece al pasado.

CORO: Madera para el tálamo nupcial.
Madera fresca que calme el calor

de Egisto y de Clitemnestra.
Gloria a los reyes de la ciudad, gloria
al señor de Argos. Cortad los troncos,
las ramas. Cortad.

DEMÓDOCOS: Pero no es rey, no es rey. Egisto no es rey.
No lo ha de ser, no debió serlo... Mas, ay, lo será.

CORO: Egisto, rey de Argos. Egisto, liberador,
que nos has devuelto el poder y la bravura,
escucha el sonido de estas hachas
cortando la madera para tu noche de bodas.

(Demódoco se dirige al coro.)

DEMÓDOCOS: ¿De qué boda habláis? ¿Qué clase de hombres
necesitan tanta destrucción para celebrar su dicha?

CORIFEOS: ¿Quién eres tú, que osas preguntarme?

DEMÓDOCOS: Soy tan sólo uno que escucha vuestros cantos.

CORIFEOS: Eres un viejo vagabundo y atrevido.
¿Acaso no ves que estamos trabajando
y tú nos interrumpes?

DEMÓDOCOS: No he querido molestar.
No pensé que importunaba.

CORIFEOS: Somos jóvenes y fuertes.
Tenemos una misión que cumplir
y eso es lo que hacemos.

DEMÓDOCOS: También yo fui joven una vez,
aunque apenas me acuerdo,
pero sí sé que entonces guardábamos
respeto a las canas.

CORIFEOS: Hablas de respeto, pero ¿cómo sé
si tú te lo mereces? No te conozco,
no pareces de estas tierras. No eres de los nuestros
y aquí no nos gustan los forasteros.

DEMÓDOCOS: ¿Acaso no estoy en Argos?

CORIFEOS: Estás en la patria de Egisto.

DEMÓDOCOS: Argos era famosa por su hospitalidad
con los que vienen de lejos.

CORIFEOS: Quien deje su hogar, que no espere hallarlo en otra parte.

DEMÓDOCOS: Argos siempre ha tenido un rincón
para aquellos que viajamos.
Esa se decía que era, al menos,
la voluntad del rey Agamenón.

CORO: Agamenón, nombre prohibido. Cortemos el bosque
que se levantó en honor del maldito Agamenón.

CORIFEOS: Ya oyes las voces de mis compañeros,
todos ellos hombres de Argos. Comprueba
la respuesta que da mi pueblo a la escucha de ese nombre.
Tú lo has llamado rey, y en eso demuestras
que eres ajeno a nuestra historia.

Para nosotros es un oprobio y un traidor,
mas te disculpo en razón a tu ignorancia
y a esas canas bajo las que te escondes
con debilidad femenina.

DEMÓDOCOC: También se decía que el de Oma era un bosque sagrado,
sembrado por un dios para festejar el nacimiento
de Agamenón, hace ya muchos años,
y que aquí está la tumba que acoge sus restos mortales.

CORIFEOC: Lejos de Argos se dicen muchas cosas que no son verdad
o que, de serlo, a nadie le importan.

DEMÓDOCOC: Nada es ya de Agamenón, luego ¿todo es de Egisto?

CORO: De Egisto es mi corazón y el de los hombres de Argos.

CORIFEOC: Esta vez sí has hablado bien: todo es de Egisto.

DEMÓDOCOC: ¿Hasta los caballos de Agamenón?

CORIFEOC: Montados hoy por Egisto.

DEMÓDOCOC: ¿El palacio de Agamenón?

CORIFEOC: Allí donde habita Egisto.

DEMÓDOCOC: Agamenón tenía una mujer, se llamaba Clitemnestra...

CORIFEOC: ¿Para quién crees que preparamos el tálamo nupcial?
No es tan sólo para Egisto.

DEMÓDOCOS: Orestes, hijo que fue de Agamenón y su mujer...

CORIFEOS: Nada sabemos de él desde hace muchos años.

DEMÓDOCOS: ¿Y la hija de Agamenón?

CORIFEOS: Pronto será hija de Egisto.

DEMÓDOCOS: Electra.

CORO: Electra.

CORIFEOS: Y ahora déjanos; el bosque es grande
y nos queda mucho trabajo para tan poco tiempo.
Oma se resiste a ceder, pero ya ha empezado a sentir
el filo de las hachas de Argos, la fuerza
que poseen los brazos de los hombres de Egisto,
y pronto acabaremos con el último recuerdo del paso
del funesto Agamenón por la tierra de Argos.
Debemos seguir trabajando para que los árboles del traidor
sirvan de alimento al fuego del nuevo rey, Egisto,
formen la plataforma que pisen los pies
de los cientos de invitados a su boda
y afiancen los costados del lecho nupcial.
Quédate por aquí, si quieres, pero no te extrañe
si un árbol cae sobre ti, aplastándote,
o si alguna de nuestras hachas, al golpear violentamente,
huye de nuestra mano y viene a clavarse en ti,
desgarrándote el pecho. Morirás, sí,
pero nadie de aquí llorará la muerte de un extraño.

CORO: Cortad, cortad, cortad. Hermanos, compañeros,
cortad los troncos de estos árboles,
levantad la corteza, haced saltar las astillas.
Cortad, acabad con el bosque de Oma.
Recoged la madera que festeje las bodas de Egisto.
Construid su tálamo y cortad, cortad, cortad;
que nada quede en pie del bosque de Oma.

(Desaparece el coro)

DEMÓDOCO: Creí conocer una vez esta ciudad
y estas gentes, pero ya no los conozco. El tiempo
ha pasado demasiado rápido para mí y para todos,
y lo que ayer parecía sano, hoy ya se ha podrido.
Triste Agamenón, qué mal te he servido.
Sólo querías una cosa de mí, nada más,
y no he sabido estar a la altura.
Por mi culpa has muerto y los jóvenes de Argos
crecerán aprendiendo a odiar tu nombre.
No he sabido defender tu legado
y ahora las serpientes se enroscan
en el trono que un día ocupaste.
Clitemnestra, a la que tanto amaste...
Egisto, quien nunca hubiera cruzado
su mirada con la tuya en vida... Egisto,
en el que tú, siempre tan sabio, jamás confiaste.
Sólo has fallado conmigo, Agamenón,
encomendándome una misión que excedía
mi capacidad y mis fuerzas. ¿Cómo yo,
que tantas cosas creí saber, pude ser
tan ciego para esto? ¡Qué torpe fui, qué torpe!

(Vuelven a oírse las hachas.)

Ya han empezado otra vez, hombres
a los que nunca cansa el ejercicio del mal.
Cobardes que os quedasteis atrás cuando los mejores
de Argos marcharon a Troya bajo el mando
de Agamenón, a quien tanto temíais.
Si yo fuese más joven... pero lo fui
y tampoco entonces pude hacer nada.

(Aparece Electra.)

ELECTRA: Cada una de esas hachas arranca astillas de mi pecho.

CORO: Cortad, cortad, cortad.
Abajo con el bosque de Oma.

DEMÓDOCOS: ¿Quién es esa mujer?

CORO: Erigid el túmulo nupcial.

ELECTRA: Odio esas voces.

CORO: Celebremos las bodas de Egisto y Clitemnestra.

ELECTRA: ¡Que nadie diga más esos nombres!
¡Que se cierren para siempre las bocas
que osen pronunciarlos!

DEMÓDOCOS: ¿Qué mujer clama así por unos nombres
que no son los suyos?

ELECTRA: Hasta aquí me persigue el eco
de esa coyunda infernal, de una unión

que me llena de dolor y me sume en la desdicha.
¡Que ni en este bosque de mi padre me vea libre
de los cantos que ensalzan las bodas
que serán la tumba de mi juventud...!
Si pudiera revivir algo de mi perdida inocencia...
Si pudiera regresar al tiempo en que creí
ser feliz... Egisto, malnacido,
si me enseñaste a luchar como varón,
¿acaso no temes que tome venganza?

CORO: Un árbol menos es un árbol más.
Cortad, cortad, cortad, y nada quedará
del bosque ofensivo e insultante.

ELECTRA: No tengo humor para aguantar esas voces arrogantes.
Soy una mujer rota, y con cada uno de esos gritos noto
cómo me quiebro aún más. Las certezas que tuve,
ahora sólo son dudas; aquello en que creí
me hace sospechar. Si todo sigue igual,
el hombre al que detesto pronto será mi padre.

CORO: Egisto.

ELECTRA: Egisto.

CORO: Egisto y Clitemnestra, reyes de Argos,
defensores de la ciudad.

ELECTRA: Egisto y Clitemnestra,
una relación a espaldas de Electra.

CORO: Egisto y Clitemnestra,
soberanos de una tierra independiente.

ELECTRA: Egisto y Clitemnestra,
una ambición que no guarda las apariencias.

CORO: Cortad, cortad, cortad.
Aún no es suficiente.

ELECTRA: Egisto y Clitemnestra,
¿por qué he de seguir creyendo en vosotros?

DEMÓDOCOC: Ahora sé quién es, la princesa Electra.
Demasiados motivos tiene para quejarse.
Si ha venido aquí será para estar sola
y no querrá verme ni a mí ni a nadie.
Me apartaré para no molestarla.

ELECTRA: Oma, bosque sagrado. Oma,
templo profanado que ya nadie respeta. Oma,
que naciste al tiempo que mi padre
y que ahora estás a punto de morir...
Mas también ha muerto Agamenón
y parece que a nadie le importa.
Padre, sé que estás aquí, en el bosque
que es tu tumba, entre estos árboles
que son tuyos, en algún rincón de este entorno
que un día fue tu hogar y que lo seguirá siendo
aunque los hombres de Egisto acaben con la última raíz
y desbrocen el último tronco. Sé
que no siempre te entendí ni me entendiste.
Sé que mi hermana Ifigenia murió bajo tu brazo.
Todo eso te lo he perdonado ya, está olvidado.
Pero no me perdono a mí misma
por no haberte hablado antes de morir,

por no haber estado ahí para defenderte
cuando tus asesinos acababan contigo,
por no haberme interpuesto entre ellos y tu cuerpo
y haber recibido en el mío ese ataque
dirigido contra ti, para salvarte y mantenerte vivo
o, al menos, morir contigo. ¿Quién eres,
Agamenón? ¿Quién has sido, padre mío?
Nunca lo he sabido bien y ahora
ya jamás lo sabré... Y ni siquiera tengo
el consuelo de preguntarle a mi madre.
¿Quieres creerme si te digo que no me atrevo a hacerlo?
¿Cómo podría, si se diría que ella ha sido
la primera en olvidarte? ¡La reina Clitemnestra,
doliente viuda del rey Agamenón, señora
de la ciudad de Argos, abandona el luto
por su esposo y entrega su cuerpo
y sus dones al poderoso Egisto! Es así;
le ha faltado tiempo para encontrar
quien ocupe tu lugar en el lecho,
y ojalá se equivoquen los rumores que aseguran
que ese lugar tampoco estuvo libre
mientras capitaneabas a los ejércitos griegos
en el largo asedio a los troyanos.
No quiero creerlo, aunque tampoco
soy quién para juzgaros ni a mi madre
ni a ti. ¿Habría hecho yo algo distinto?
Prefiero no tener que contestarme,
pero también es verdad que yo no soy una reina:
tan sólo soy la infeliz Electra.

DEMÓDOCO: *(hablando directamente a Electra.)*

Que nadie diga nunca que Electra no es feliz.

ELECTRA: ¿Quién eres tú y por qué te diriges a mí?

DEMÓDOCOC: No he podido evitar escucharte.

ELECTRA: ¿Hasta en Oma instala Clitemnestra sus espías?

DEMÓDOCOC: No creo que la reina esté interesada
en lo que pueda contarle.

ELECTRA: ¿Y por qué habría de interesarme a mí
la compasión de un extraño?

DEMÓDOCOC: Lo extraño es un mundo donde la compasión
es tenida como un arma ofensiva.

ELECTRA: No hay arma capaz de ofender
a una princesa de Argos.

DEMÓDOCOC: Se dice que Argos es una ciudad
llena de armas, pero habré de pensar
que la compasión no es una de ellas.

ELECTRA: Los hombres de Argos son sus mejores armas.

DEMÓDOCOC: ¿Y sus mujeres?

ELECTRA: Para ser mujer en Argos
hay que tener algo de hombre.

DEMÓDOCOC: ¿También al revés?
¿Los hombres de Argos tienen algo de mujer?

ELECTRA: Sólo para curar las heridas de la batalla
y llorar a los compañeros muertos en el combate.

DEMÓDOCOC: ¿Y en qué lucha cayó ese Agamenón
por el que tanto te dueles?

ELECTRA: ¿Clitemnestra no sabe cómo murió su marido?

DEMÓDOCOC: Ni Clitemnestra ni Egisto me han enviado aquí.
Es más, no creo ni que sepan que existo.

ELECTRA: No estés tan seguro. Clitemnestra lo sabe todo,
y lo que ignora se lo cuenta Egisto.

DEMÓDOCOC: ¿Y saben también que Electra se esconde
en Oma para llorar?

ELECTRA: Electra no llora.

DEMÓDOCOC: Pero sí se esconde,
y eso es lo único que ahora importa.

ELECTRA: ¿Cómo sabes quién soy?

DEMÓDOCOC: Todos en Argos conocen a Electra.

ELECTRA: Pero tú no eres ciudadano de mi patria, ¿no es así?

DEMÓDOCOC: Es verdad que no vivo en Argos,
pero estoy al corriente de las cosas que pasan.
Sé quién es Electra y de quién es hija,
y he hablado con los hombres que destrozan

el bosque de Agamenón en busca de madera
para levantar el tálamo que marque las nupcias
entre la viuda de un rey y el hombre
que en vida se enfrentó a su marido.

ELECTRA: Veo que sabes muchas cosas, y eso me preocupa.
Pero aún no has contestado a mi pregunta:
¿eres o has sido hombre de Argos?

DEMÓDOCOS: Pregúntame si he sido súbdito de Agamenón
y no podré decirte que no.
En cuanto a ciudadano de Argos, es evidente
que ya no lo soy, si acaso lo he sido.

ELECTRA: Hay algo en ti que me inquieta y no sé
qué es. Me disgusta el misterio, pero tú
pareces disfrutar manteniendo la ambigüedad
y las sombras. Sal a la luz
donde te vea bien. Quiero comprobar
quién eres tú, que tanto ocultas.

DEMÓDOCOS: Si no has reconocido mi voz,
que sigue siendo la misma,
de poco servirá que me acerque a ti,
pues mi reflejo en el agua me dice
lo mucho que han cambiado mis facciones.
He envejecido mal y mi piel
se ha llenado de arrugas, mis propios ojos
han comenzado a apagarse y el temblor
de mi cabeza sólo es comparable al que impide
a mis manos mantenerse seguras y firmes.
Además, camino encorvado y arrastro

los pies, de tal manera que nada
de mi antigua apariencia se conserva.

ELECTRA: No me importa si aún eres un hombre vivo
o un cadáver parlanchín que se olvidó de morir.
No espero de ti que me distraigas con el abrazo
de unos músculos lozanos y henchidos. Me basta
con verte y saber con quién estoy hablando.

DEMÓDOCOC: ¿Y si fuese un fantasma?

ELECTRA: Si en verdad vinieses del otro lado de la muerte,
¿quién mejor que tú para hablarme del padre
que me ha sido arrebatado y que ahora
habita allí en donde nunca he estado?

DEMÓDOCOC: Lamento no estar muerto,
como quizá sería tu deseo,
pero sí te diré que conocí a Agamenón.
Pero eso no tiene ningún mérito,
pues ¿quién habrá en Argos
y en todas las ciudades de Grecia,
que no conociese al hombre que supo
unirnos para luchar contra el enemigo común?

ELECTRA: Exijo saber quién eres.

DEMÓDOCOC: *(Se acerca a Electra.)*
Mírame y descúbrelo tú misma.

ELECTRA: ¡Qué viejo eres! Tenías razón
al describirte tan torpe y achacoso,

pero ni tu rostro ni tu cuerpo me dicen nada.
No te conozco... y, sin embargo...
hay en ti algo que me resulta familiar...
algo que no es tuyo, sino acaso
de otra persona que no consigo recordar.

DEMÓDOCOS: Soy feo y viejo, pero vulgar.
Los hombres comunes y corrientes nos parecemos
todos, somos intercambiables, nada nos distingue.

ELECTRA: Quizá sea eso, sí... pero no.
Sí es cierto que podrías ser cualquiera
y que cualquiera puede ser como tú,
pero no todo el mundo se atrevería
a hablarle a Electra en el modo con que tú lo haces.
Creo que eres feo y viejo, sí, pero no vulgar.

DEMÓDOCOS: ¿Sigues queriendo saber la clase de fantasma que soy?

ELECTRA: Quiero saberlo todo de cualquiera
que pueda hablarme de Agamenón. Quiero
conocer a todos los hombres de Grecia,
soldados, súbditos, servidores,
hombres libres, ciudadanos de otros pueblos,
y, sí, quiero saber quién eres tú.

DEMÓDOCOS: En tiempos fui cantor, y quizá Electra
recuerde haberse asomado de niña
a las fiestas de su padre para escucharme.

ELECTRA: He escuchado los versos de cientos
de poetas y el sonido de mil músicos,

pero ya no creo en las patrañas que dicen
unos y otros para seducir corazones y oídos,
imponiendo su voz a la voz de la razón.

DEMÓDOCOC: Para acabar con la razón bastan
unos golpes de hacha. ¿Puede haber
más peligro en canciones y versos?

ELECTRA: Juegas conmigo, y el juego no es justo
cuando sólo un contrincante dispone las reglas.

DEMÓDOCOC: Electra tiene práctica en juegos prohibidos.

ELECTRA: ¿Qué más sabes de mí? ¿Qué derecho tienes
para juzgarme? Tus canas venerables pueden
no ser suficiente protección frente a mi ira.

DEMÓDOCOC: ¿Me amenazas? En el fondo no me sorprende.
¿Por qué ibas a ser tú diferente a los hombres de Egisto?
¿Por qué no acabar conmigo como si fuese
un árbol más de los que forman el bosque de Oma?

ELECTRA: Si un cazador hiere a una leona,
esta se revolverá con ardores redoblados.

DEMÓDOCOC: Primero rechazaste mi compasión
y ahora me acusas de arrojarte un venablo.

ELECTRA: ¿No dices que eres cantor?
Compón una canción que apacigüe a la fiera.

DEMÓDOCOC: La fuente de mi música se agotó hace años.
Alguien la secó, y así me volví agreste y sarmentoso.

ELECTRA: ¿Y con una rama podrida pretendes enjugar esas supuestas lágrimas que nunca he derramado?

DEMÓDOCOS: Eso intenté, pero tal vez ahora no me atrevería.

ELECTRA: ¿Porque te he decepcionado?
¿Porque de repente te parezco temible?
¿Porque desconfías de ti mismo?
¿Porque no te he reconocido?
¿Porque te conozco demasiado?

DEMÓDOCOS: Porque no sé si tu llanto es por Egisto, por Clitemnestra o por Agamenón.

ELECTRA: De llorar, sólo lloraría por Electra.
Pero si no confío en canciones y versos,
tampoco a las lágrimas les doy ningún valor
ni les concedo crédito alguno.

DEMÓDOCOS: Yo soy un árbol seco y tú una piedra dura.
No puedo ayudarte y, sin embargo,
una chispa tuya podría quemarme y acabar conmigo.

ELECTRA: ¿Tanto poder tengo en ti?

DEMÓDOCOS: La hija de tu padre será siempre mi dueña.

ELECTRA: Pocos en Argos dirían hoy algo semejante sin exponerse a un castigo.

DEMÓDOCOS: Serví demasiados años a Agamenón como para ponerme ahora al servicio de otros.

ELECTRA: Sé que te conozco, y te pido que no sigas jugando conmigo. Estoy muy cansada, y acaso sea de no poder llorar. En nombre de mi padre, si es que en el mío no te vale, te repito: dime quién eres.

DEMÓDOCOC: ¿Recuerdas cuando Agamenón, hace años, reunió al ejército de Argos para hacer frente a Troya?

ELECTRA: Sí.

DEMÓDOCOC: ¿Recuerdas cómo tu padre fue capaz de llevar junto a él al resto de ejércitos griegos, hasta entonces todos desunidos?

ELECTRA: Sé muy bien cómo todos los pueblos soberanos le siguieron camino del combate.

DEMÓDOCOC: ¿Y recuerdas también al mísero poeta que tu padre designó para ayudar a Clitemnestra en el gobierno de Argos durante su ausencia?

ELECTRA: ¡Demódoco!

DEMÓDOCOC: Sí, Demódoco; ya veo que, después de todo, te acuerdas de mí.

ELECTRA: ¿De verdad eres tú?

DEMÓDOCOC: ¿Mi palabra no te basta?

ELECTRA: Nadie se atrevería a usar ese nombre en Argos hoy
si no fuese el auténtico Demódoco.
¿A quién le gustaría pasar por un proscrito?

DEMÓDOCOC: Tú lo has dicho, luego soy quien digo ser.

ELECTRA: Demódoco.

DEMÓDOCOC: Demódoco, sí. Aquí, en Argos.

ELECTRA: Has cambiado mucho, Demódoco.

DEMÓDOCOC: Me habré hecho mayor.

ELECTRA: Demasiado mayor. Te has vuelto tan distinto, tan viejo...

DEMÓDOCOC: Tal vez pueda decirse que nunca
fui muy joven. Acaso sea eso.

ELECTRA: Nadie en Argos te habría reconocido.

DEMÓDOCOC: Tú, en cambio, sigues siendo la misma:
la hermosa Electra.

ELECTRA: No, Demódoco. Te lo agradezco,
pero la Electra que conociste dejó de existir.

DEMÓDOCOC: Sé muy bien lo que veo.

ELECTRA: Y yo sé aún mejor lo que te digo.

DEMÓDOCOC: Princesa Electra...

ELECTRA: Demódoco... Es increíble... No he vuelto a pensar en ti desde... desde... Lo siento.

DEMÓDOCOC: No te disculpes. Sólo Agamenón pensó alguna vez en Demódoco, y ya ves de qué poco sirvió.

ELECTRA: Pobre Demódoco. Sí, seguro que esas arrugas no las da la edad, sino el exilio.

DEMÓDOCOC: Llevo tanto tiempo fuera de Argos que he aprendido a sentirme en cualquier sitio como en casa. Incluso este bosque podría considerarlo un hogar.

ELECTRA: A punto de desaparecer. ¿Lo sabías?

DEMÓDOCOC: He hablado con los hombres que manejan las hachas. Tampoco ellos me han reconocido, y yo he preferido no darme a conocer.

ELECTRA: ¿Y sabes el motivo?

DEMÓDOCOC: ¿Quién no ha oído hablar de la boda de Egisto...?

ELECTRA: Y de Clitemnestra, puedes decirlo. El bosque que recuerda a su primer marido servirá de tálamo nupcial para su unión con el segundo. Los árboles que nacieron con uno caerán bajo el hacha del otro. Una misma esposa para dos hombres que jamás pudieron estar juntos.

DEMÓDOCOS: Nunca como hoy ha sido tan claro
lo mucho que fallé a Agamenón.

ELECTRA: No tuviste mucho éxito, no.

DEMÓDOCOS: Aunque puedo decir en mi descargo
que no toda la culpa fue mía.

ELECTRA: Conozco perfectamente la historia, Demódoco.
Sé que mi padre te pidió que ayudases a mi madre
en el gobierno de la ciudad durante su ausencia,
y sé que Egisto logró que fueses desterrado
acusado de alta traición.

DEMÓDOCOS: Nunca he traicionado los intereses de Argos.

ELECTRA: Pero sí los de Egisto,
que en cierto modo venían a ser lo mismo.

DEMÓDOCOS: Princesa Electra, las apariencias...

ELECTRA: Las apariencias engañan. ¿Era eso
lo que ibas a decirme? No tienes que disculparte
ni darme explicaciones que yo no te he pedido.
Sé que nunca habrías hecho nada
que hubiese puesto en peligro a la ciudad de Argos
o a cualquier miembro de la familia de Agamenón.
Pero, puestos a confesarlo todo, déjame que te diga
que soy yo quien tendría que pedirte disculpas a ti,
pues ahora entiendo la verdad, o creo entenderla,
pero entonces también yo fui una de los muchos
que creímos que Demódoco era un traidor.

Sólo puedo decir en mi descargo
que en aquel tiempo yo era muy joven.

DEMÓDOCO: Eso suena muy bien y muy maduro,
pero la Electra que ha irrumpido en Oma
sufría un raptó de ira y de dolor propio
de quien se mueve no por la razón
sino por un ardor juvenil lleno de emociones.

ELECTRA: Mi madre está a punto de casarse
cuando el cuerpo de mi padre apenas si se ha enfriado.
Es justo que el calor que abandona sus miembros
recalde en mí y encienda mi estupor y mi ánimo.
No sólo soy mujer, sino princesa de Argos,
y me preocupan las consecuencias
que este matrimonio tendrá para mi ciudad.

DEMÓDOCO: El único cambio será el de hacer oficial
lo que ya es un hecho: muerto Agamenón,
Clitemnestra convierte a Egisto en rey
y es Egisto quien gobierna en Argos.

ELECTRA: Argos no puede consentir ni soportar
que se utilice a Clitemnestra.

DEMÓDOCO: ¿Ni aunque Clitemnestra consienta?

ELECTRA: El deber de la reina es continuar la obra de su esposo,
no entregarse al enemigo de aquel.
Mi padre tenía un sueño: superar las desavenencias
de las ciudades griegas y establecer una alianza
que nos hiciera a todos más fuertes. En su momento

no lo entendí y es cierto que tuve un lugar de privilegio para escuchar los argumentos de Egisto:

«¿Argos, gobernada acaso por un tebano? ¿Argos, con su milicia obedeciendo las órdenes de Esparta?

¿Argos, entregando su comercio a los milesios?

¡Argos, oprimida! ¡Argos, vejada! ¡Argos, olvidada!

¡Argos, sometida al poder de los extraños!».

Si Agamenón decía «pacto», Egisto respondía «patria».

Si Agamenón hablaba de acuerdos,

Egisto los tildaba de cesiones de poder.

Cuando Agamenón ofrecía integración, Egisto

le acusaba de debilitarnos al dividirnos.

«Argos es nuestra pasión y Grecia es nuestra fuerza»,

decía Agamenón, y Egisto le respondía:

«Argos es nuestra razón de ser y Grecia es nuestro invasor».

DEMÓDOCOS: Y tú preferiste seguir a...

ELECTRA: ...a Egisto. Me equivoqué: ¿qué otra cosa puedo decir?

El futuro que preveía mi padre se me antojaba

dado a la dispersión y me sentí

más a gusto con la idea de tener algo propio:

mi propia ciudad, mi propio poder.

Frente a la posibilidad de una Grecia unida,

que no dejaba de tener algo de lejano,

la opción de un Argos fuerte e impenetrable

se imponía como una certidumbre inmediata y real.

DEMÓDOCOS: Pues deberías estar contenta:

el gobierno de Egisto garantiza

la soberanía e independencia de Argos.

ELECTRA: Te burlas de mí.

DEMÓDOCO: Insisto: tu tristeza y decaimiento
se antojan gratuitos ante esta perspectiva.

ELECTRA: Creí en Egisto en un primer momento
porque me parecía un hombre íntegro
y consecuente con sus ideales,
que incluían unas buenas dosis de justicia.
Justicia para la ciudad de Argos, quiero decir,
devuelta al alto lugar como nación del que mi padre
iba a desposeerla disolviendo su identidad
entre el marasmo de las poblaciones griegas.
Egisto nos fascinó a cientos de jóvenes de Argos,
incluyéndonos a mi hermano Orestes y a mí;
sólo Ifigenia permanecía al margen de estas cosas,
amparada en su corta edad y la devoción a un padre
hacia el que sentía una veneración sin límites.
La niña Ifigenia adoraba a su padre,
del que no temía que le pudiese hacer
el menor daño. ¿Cómo iba a sospechar que ese padre
sería el mismo rey que acabaría con su vida,
sacrificándola precisamente en pos
de salvaguardar esa unión de griegos asociados
en la guerra cruenta contra los troyanos?
Puedo entender que Clitemnestra jamás se lo perdonase,
y hasta no me extrañaría que mi madre
fuese capaz de... Pero no quiero hablar de esto.
No me acuerdo por dónde iba.

DEMÓDOCO: Decías algo de ti y de tu hermano Orestes.

ELECTRA: ¡Orestes! He jugado tantas veces con él
aquí, en este mismo bosque de Oma,
persiguiéndonos y escondiéndonos,
y haciendo rabiar a Ifigenia,
que siempre se quedaba detrás y nunca nos encontraba...
Y ahora Ifigenia está muerta,
el bosque está a punto de desaparecer
y nadie sabe dónde está Orestes.

DEMÓDOCOC: Orestes volverá.

ELECTRA: Ojalá fuese posible.

DEMÓDOCOC: Créeme; Orestes volverá.

ELECTRA: Creerte no me cuesta nada. Creer es fácil.
Lo difícil es que luego eso se haga realidad.
«Orestes volverá», ¡qué hermoso suena!
Pero lo que hace falta es saber cuándo volverá,
y cómo volverá: si seguirá siendo el mismo
o habrá cambiado como el destino
me ha hecho cambiar a mí. «Orestes volverá».
¿Y qué? También volvió Agamenón y mira
de qué le sirvió a él, de qué nos sirvió a todos.

DEMÓDOCOC: Electra conseguirá que Agamenón
no haya muerto en vano.

ELECTRA: ¡Electra es una mujer maldita
que destruye a los que ama! Quise a Ifigenia
y murió en sacrificio. Quise a Agamenón
y fue asesinado por manos anónimas.

Quise a Orestes y se perdió en el exilio...
Renunciaré a amar y se secará mi corazón,
pero al menos dejaré de hacer tanto daño.

DEMÓDOCO: Electra no ha matado a Ifigenia, ni a Orestes
ni a Agamenón. Electra no puede destrozarse
por muertes de las que no tiene culpa.

ELECTRA: ¡Sí, soy culpable! ¡Culpable de consentir
que los asesinos de mi padre permanezcan impunes!
¡Culpable por no impedir un casamiento que pretende
acabar con el recuerdo de mi padre y destruir su legado!
Soy culpable de indolencia y cobardía, de no enfrentarme
a quienes detentan un poder que no les corresponde,
de no luchar para corregir mis errores,
de no aspirar al orden y a la pureza... Soy culpable
de no ser una buena hija y una buena ciudadana.
Soy culpable de permitir que Argos muera a manos
de quienes están destrozando el bosque de Oma.

DEMÓDOCO: En tal caso, todos somos culpables.

ELECTRA: En la culpa no importa que lo sean los demás.
De mi culpa nadie puede responder.
Lo que no haga yo, no habrá otro para hacerlo.
De mis actos soy la única responsable,
y lo mismo de mis omisiones.
Tal vez todo Argos sea culpable, tal vez
hasta el bosque de Oma sea culpable
y merezca desaparecer, pero no por eso Electra
dejará de sufrir y penar su parte de culpa...
Sólo soy una mujer y este es un mundo de hombres,

pero sabré encontrar nuevas formas de respuesta
y de acción, y hallaré el medio para impedir
que Egisto imponga su tiranía.

DEMÓDOCOS: Tu manera de hablar me asusta.
Pareces decidida a todo.

ELECTRA: Hablo como creo que a mi padre
le hubiese gustado escucharme.

DEMÓDOCOS: En vida no lo hiciste así.

ELECTRA: Bien puedes comprender que me arrepiento.

DEMÓDOCOS: Te enfrentabas a él. Actuabas con rebeldía.

ELECTRA: Seguía mis impulsos. Estaba llena de energía.

DEMÓDOCOS: Te cegaba la soberbia. Lo mismo que a tu hermano.

ELECTRA: ¡Ya he dicho que me arrepiento! ¡No hagas que me justifique!

DEMÓDOCOS: ¿Hallarías justificación alguna?

ELECTRA: No quiero hacerlo, pero podría.

DEMÓDOCOS: ¿Justificación más allá de tu rebeldía adolescente,
del afán provocador del joven e impetuoso Orestes,
al que tu propio padre tuvo que castigar con el exilio?
¿Justificación para la violencia callejera,
para los grupos enmascarados que atacaban
a los afines a Agamenón, para los exaltados

que lanzaban piedras contra los guardianes de la ley,
para los que irrumpían en la paz de los mercados
arrojando por los aires las mercancías y quemando
los puestos de los comerciantes que no os amparaban
ni sufragaban vuestros gastos con sus bienes?

ELECTRA: ¡Jamás he aprobado esas acciones ni mucho menos
he formado parte de esas bandas de malhechores!
¡Nunca me he manchado las manos con el dolor
de los pacíficos ni me he aprovechado de gentes inocentes!

DEMÓDOCOS: ¡Pero sí sabías que esos jóvenes salvajes
estaban protegidos por Egisto!

ELECTRA: ¡No al principio! Lo supe después,
cuando ya era demasiado tarde.

DEMÓDOCOS: ¿Demasiado tarde para qué?
¿Para atravesar el barro sin enfangarte?

ELECTRA: No. Demasiado tarde para volver a empezar.

DEMÓDOCOS: Nunca es demasiado tarde, Electra.

ELECTRA: Ya te he dicho que me arrepiento de todo.
No sé qué ganas haciéndome recordar tanta inmundicia.

DEMÓDOCOS: Sólo quiero que estés segura de lo que quieres.

ELECTRA: ¿Acaso lo dudas?

DEMÓDOCOS: Lo digo porque puedo ayudarte,
pero si lo hago sufrirás mucho más aún.

ELECTRA: ¿Más que ahora?

DEMÓDOCOC: Más que siempre, como nunca lo has hecho.

ELECTRA: ¿Qué clase de ayuda es esa que suena a destrucción?

DEMÓDOCOC: Esa, justamente: la destrucción de tus dudas,
pero también de tus convicciones; la destrucción
de lo que eres y desde luego de lo que has sido;
la destrucción de tu seguridad y de todo tu equilibrio.

ELECTRA: Otra vez hablas en enigma, y ya te he dicho
que no me agradan tantos misterios a mi alrededor.

DEMÓDOCOC: Puedo hacer que veas lo que quieres ver,
que sepas lo que quieres saber pero tanto temes.

ELECTRA: No sé a qué te refieres.

DEMÓDOCOC: Sí lo sabes, pero no te atreves a reconocerlo.

ELECTRA: Hay muchas cosas que quiero saber.

DEMÓDOCOC: Puede ser, pero todas se resumen en una.

ELECTRA: ¿Quién eres tú?

DEMÓDOCOC: Ya lo sabes: Demódoco.

ELECTRA: ¿Qué clase de hombre o de monstruo eres tú?

DEMÓDOCOC: Soy un amigo; o puedo serlo si tú quieres,
porque yo no te puedo obligar.

ELECTRA: Egisto te expulsó de Argos...

DEMÓDOCOC: Pero he regresado.

ELECTRA: ¿Cuándo? ¿Dónde has estado todo este tiempo?

DEMÓDOCOC: He estado en muchos lugares,
pero eso no viene al caso. Lo importante es
que ahora estoy aquí, en Oma,
como uno más de los habitantes del bosque.
Y tengo algo para ti, algo que no sabía
si te lo podía dar ni si ibas a soportarlo,
pero ya no tengo dudas. Te lo daré
si lo quieres; te enseñaré la verdad.

ELECTRA: ¿Me dirás...?

DEMÓDOCOC: Sigue. Ten confianza.

ELECTRA: ¿Me dirás quién es el asesino de mi padre?

DEMÓDOCOC: No

ELECTRA: ¿No?

DEMÓDOCOC: No. No te lo diré: tú lo verás.

ELECTRA: ¿Lo veré?

DEMÓDOCOC: Lo verás.

ELECTRA: Muéstramelo. Ponlo ante mí. Déjalo
a mi merced y yo sabré qué hacer con él.
¡Cobarde! ¡Asesino que acabaste con la vida
de quien era y es mejor que tú! Dame su nombre.

DEMÓDOCOC: Me pides un nombre, pero no es eso
lo que tengo preparado para ti. Lo que te ofrezco
es algo mejor; o algo peor, en realidad. Te doy
la oportunidad de que veas el pasado como fue
y no como te lo hayan contado. Tuya es la decisión,
pero piénsalo bien, porque exige ser fuerte.

ELECTRA: No hay nada que pensar si está en juego la verdad.
Afrontaría cualquier prueba que me fuese exigida.
Ante la duda no puedo volver la espalda
ni mirar para otro lado. Aunque fracase en mil intentos,
no cejaré en mi empeño por saber
sobre quién debo vengar la muerte de mi padre.

DEMÓDOCOC: Siento que, en el fondo, no confías en mí,
y que accedes a escucharme como lo harías
con el primer charlatán que se postrase ante ti
y te prometiese un mundo de esplendores y riquezas.
No me crees y tal vez eso debería entristecerme,
pero no me importa, porque sé que cambiarás de parecer
cuando te enfrentes cara a cara con la causa de tu dolor.

ELECTRA: Te escucho.

DEMÓDOCOC: Oma es un bosque sagrado,
y algo así no se afirma en vano.
Estos árboles pueden mostrarte muchas cosas,

y aún más si se trata de Agamenón,
que en cierto modo nació con ellos y es su hermano.
Tu padre nació y vivió aquí,
y entre estas raíces está enterrado.
Aquí está la respuesta a todas tus preguntas.
El bosque te la dirá a poco que le interrogues.
Bastará con que te acerques a un árbol
y cierres los ojos. Siéntelo. Acaricia su corteza.
Apóyate en él. Escucha lo que tiene que decirte
y distingue lo que dentro de ti estás viendo.

(Aparece Agamenón, rodeado por el coro)

ELECTRA: Agamenón. Veo al rey Agamenón. Veo a mi padre.

CORO: ¡Agamenón!

ELECTRA: Lleno de majestad.

CORO: ¡Agamenón!

ELECTRA: Ungido de victoria.

CORO: ¡Agamenón!

ELECTRA: Sueño y modelo de todos los héroes.

CORO: ¡Agamenón!

DEMÓDOCO: ¡Agamenón...! Coronado de gloria ves
al rey Agamenón, ves a tu padre.
Hace su entrada triunfal en Argos,

rodeado de sus hombres, aclamado por el pueblo que vitorea a aquellos de los suyos que vencieron a los troyanos. Agamenón regresa victorioso como rey que ha sido capaz de unir a los distintos griegos en una empresa común, pero quizá como padre sienta en su interior un atisbo de amargura. Bajo su mano ha muerto Ifigenia, sacrificio a los dioses como garantía de esa unión y promesa de conquista sobre la ciudad de Troya. Agamenón llora a la dulce y delicada Ifigenia, como llora a Orestes, joven rebelde; como llora a Electra, que ha crecido demasiado en su ausencia y ya no le dirá lo mucho que lo ama... Pero nada vale ahora el sufrimiento de un padre cuando el rey Agamenón y su séquito inundan de gozo las calles de Argos.

CORO: ¡Agamenón!

(Electra se transforma en Clitemnestra)

DEMÓDOCOS: Ante la puerta del palacio espera Clitemnestra. La mujer aguarda la llegada de su esposo, la reina rinde tributo a su señor, la regente devuelve el gobierno de la ciudad a su legítimo soberano. Clitemnestra, revestida de aparente dignidad, resplandece. Tras años de separación está a punto de encontrarse de nuevo ante el hombre que le ha dado todo y la ha convertido en lo que es: la más envidiada de las mujeres. Clitemnestra está orgullosa de saberse Clitemnestra y vivir este momento en el que se diría que nada importan la muerte

de Ifigenia, la presencia de Electra y la ausencia de Orestes. No hay quien perturbe a Clitemnestra, señora del señor de Argos.

CORO: ¡Clitemnestra!

(Aparece Egisto)

DEMÓDOCO: Confundido entre el pueblo que aclama a su rey, la llegada de Agamenón es contemplada por Egisto. No aplaude a su rival, no se suma a los vítores de Argos, no arroja pétalos perfumados al paso del jefe del ejército. Egisto observa y calla, parece tranquilo, a sus ojos no asoma el rencor ni la envidia; el odio que pudiera sentir, permanece escondido. Ninguna emoción trasluce su aspecto. Acaso carezca de pasión, pero aun así sigue siendo hermoso, gallardo, atractivo para cualquier mujer, a excepción tal vez de Electra.

CORO: ¡Egisto!

DEMÓDOCO: Pero Electra no está.

CORO: ¡Gloria a Agamenón, rey de Argos! ¡Gloria a Clitemnestra, señora de la ciudad!

DEMÓDOCO: Agamenón se aproxima a la entrada del palacio, se acerca a Clitemnestra, se miran. Agamenón y Clitemnestra se miran y no dicen nada. Los esposos se sonríen

levemente y se cogen las manos. Los reyes
se vuelven hacia el pueblo, levantan los brazos
y saludan. Argos se estremece...

CORO: ¡Gloria!

DEMÓDOCOC: ...Y, con grácil movimiento, con paso cadencioso,
se introducen en la intimidad del palacio,
llegan a sus habitaciones y se quedan a solas.

CORO: ¡Bendito sea el rey Agamenón!

DEMÓDOCOC: ¡Bendito sea el rey Agamenón!

CORO: ¡Victoria para el rey Agamenón!

DEMÓDOCOC: ¡Victoria para el rey Agamenón!

CORO: ¡Larga vida al rey Agamenón!

DEMÓDOCOC: ¡Larga vida al rey Agamenón!

CORO: ¡Larga vida al rey Agamenón!

DEMÓDOCOC: ¡Larga vida al rey!

*(En el baño, entre vapor y perfumes, Clitemnestra baila para el guer-
ro cansado.)*

CLITEMNESTRA: Has estado fuera mucho tiempo, esposo mío.
A veces temía que ya no volvieras nunca más.

AGAMENÓN: ¿Lo temías o lo esperabas?

(Clitemnestra le sonríe y Agamenón le devuelve la sonrisa. Pausa.)

Troya ha sido una ciudad difícil,
pero no hemos estado completamente incomunicados.
No he dejado de recibir noticias de Argos.

CLITEMNESTRA: ¿Algo que yo deba saber?

AGAMENÓN: Nadie conoce lo que ha pasado en la ciudad
mejor que su reina.

(Clitemnestra enjuga el sudor de Agamenón. Con un lienzo frota sus músculos bronceados y duros. Acaricia la piel curtida. Recorre con sus dedos la huella de mil heridas.)

Y quizá tú tengas respuesta para hechos
que, desde lejos, resultaban extraños.

(Clitemnestra presiona las sienes de Agamenón e inicia sobre ellas un masaje circular. El cráneo de su esposo es un juguete delicado entre sus manos.)

Los informes eran confusos, a veces contradictorios.

(Clitemnestra se inclina sobre Agamenón. Aproxima sus labios al oído del rey y vierte allí secretos que no se pueden descifrar.)

En Troya, las mujeres son hermosas;
mas ninguna es Clitemnestra.

CLITEMNESTRA: En Argos sólo hay sitio para un único Agamenón,
y ese eres tú.

AGAMENÓN: Las troyanas son expertas en el arte
de calmar al hombre que previamente han excitado,
mas ninguna domina como tú el arte de intrigarme.

CLITEMNESTRA: Agamenón no habría dejado que una hermosa
lo representase en Argos sólo por ser hermosa.

AGAMENÓN: La hermosura es una más de tus muchas cualidades,
y sería injusto si no la valorase.

CLITEMNESTRA: El pueblo de Argos quiere a su reina porque es
la esposa de un gran rey, y es justo que así sea.
Y también el rey es un hombre hermoso.

AGAMENÓN: Sólo hay un Agamenón, pero Argos es pródiga
en hombres atractivos a los ojos de cualquier mujer.

CLITEMNESTRA: La belleza de las troyanas no me causa ningún temor.

AGAMENÓN: Ni a mí me estremece la apostura de mis súbditos.

CLITEMNESTRA: Hasta las más bellas de Troya perderían
su gracia en el asedio.

AGAMENÓN: Y los mejores de Argos vinieron al ejército conmigo.

CLITEMNESTRA: Me has hecho regente de un pueblo de ancianos y niños.

AGAMENÓN: Y de rebeldes. En cuanto a los niños,
llega un momento en que hasta ellos crecen.

CLITEMNESTRA: Las noticias no viajan en un único sentido.
Dicen que hay motivos para celos que no tengo.

AGAMENÓN: Agamenón sabe que el puesto junto al suyo
pertenece a Clitemnestra.

CLITEMNESTRA: Y yo espero haber demostrado con mi actitud
al frente de Argos que no he malgastado
la confianza que en mí depositaste,
y que sigo siendo digna de ocupar ese lugar a tu lado.

AGAMENÓN: Clitemnestra...

CLITEMNESTRA: ¿Me has echado de menos?

AGAMENÓN: ¿Quién, que te hubiese tenido siquiera una vez,
no se dolería de estar separado de ti?

CLITEMNESTRA: Yo no te pedí que te marchases.

AGAMENÓN: Tampoco me has pedido que regrese.

CLITEMNESTRA: ¿Tendría que haberlo hecho?
¿Acaso todo precisa de palabras que lo nombren?
Hay cosas que un esposo debería saber sin necesidad
de que se las digan como se las dicen a un rey.

AGAMENÓN: Eres tan extraña, Clitemnestra... Al oírte
podría llegar a creer que aún me quieres.

CLITEMNESTRA: El amor es asunto de dioses y hombres corrientes,
pero no de reyes.

AGAMENÓN: Para ti soy un hombre normal.

CLITEMNESTRA: Para mí eres un dios, igual de poderoso.

AGAMENÓN: Hombre o dios, mi reina es Clitemnestra.

CLITEMNESTRA: Eso dices, y, sin embargo, dudas de mí.

AGAMENÓN: Aseguran que te deshiciste con malas artes del poeta que designé para ayudarte.

CLITEMNESTRA: Un poeta que domina las palabras es un hombre que conoce el arte de mentir. Demódoco era un traidor y en Argos no hay sitio para embaucadores.

AGAMENÓN: Insinúan, también, que mis enemigos han subido demasiados puestos en la escala de tu confianza.

CLITEMNESTRA: Prefiero tener cerca a aquellos que se oponen a ti para así controlarlos.

AGAMENÓN: Te acusan de haber descuidado la educación de nuestra hija Electra.

CLITEMNESTRA: A su edad, yo ya estaba casada contigo. Debes encontrar un destino para ella, pues una mujer nacida para desposarse no puede ser simplemente hija por toda la eternidad.

AGAMENÓN: Me dicen también que has intentado ponerte en contacto con Orestes.

CLITEMNESTRA: Tuve un hijo llamado Orestes que se enfrentó a su padre, mi esposo Agamenón. Era un joven rebelde que desconfiaba de la capacidad del rey para unir a todos los pueblos griegos, e incluso rechazaba la misma oportunidad de esta unión. Tú castigaste a Orestes con el destierro y desde entonces he dejado de tener ningún hijo con ese nombre.

AGAMENÓN: Puede ser, pero insisten en que no me has perdonado la muerte de Ifigenia.

CLITEMNESTRA: Sé que una diosa te pidió la vida de Ifigenia y que tú se la concediste. El perdón de los mortales es poca cosa al lado del designio de los dioses. Su voluntad se adentra en lugares que nosotros ignoramos. Si no te perdono a ti es como si no perdonase a la diosa, y mi perdón a ella sólo la mueve a risa.

AGAMENÓN: Hay otro nombre que no he pronunciado hasta ahora...

CLITEMNESTRA: No lo hagas: también a mí me llegan los murmullos. De Egisto nada tienes que temer, puesto que yo misma nada temo.

(Aparece Egisto ante los ojos de Clitemnestra, pero sin que Agamenón advierta su presencia. Tras una seña disimulada de ella, Egisto sale con sus hombres y vuelve a entrar arrastrando el carruaje de Agamenón, manipulándolo.)

AGAMENÓN: Clitemnestra, no es lo mismo ser rey que esposa de un rey. Y en estos años en los que yo he estado en Troya lo has podido comprobar, pues tú, en cierto modo, has sido el rey de Argos. Los reyes somos elogiados sin medida, nos regalan los oídos con halagos y excesos y, sin saber cómo,

terminamos por creer que merecemos todo aquello
que escuchamos. Por eso quise que un anciano
estuviese a tu lado para advertirte
de la diferencia entre la verdad y su reflejo.
Debí de fallar al elegir mal a tu consejero, y lo lamento;
pero no porque desconfíe de tu pundonor y tu entereza,
sino porque te he dejado sobrellevando en soledad
cargas que, en el fondo, me corresponden. Por eso te pido perdón.

CLITEMNESTRA: Nada hay que perdonar. Y deberías ser tú
quien me disculpara si alguna vez
he obrado contrariando tus deseos.

AGAMENÓN: Precisamente eso es lo que ahora pretendo averiguar.
Como esposo te presento excusas,
pero como rey he de ser implacable.

CLITEMNESTRA: Nada puedo reprocharte, justamente
porque nada tengo que reprocharme a mí.

AGAMENÓN: Comenzaré mi investigación en este preciso momento,
pues no quisiera gozar contigo sin haber despejado
las dudas que pudiesen interponerse entre nosotros.
Ten la seguridad de que quisiera seguir a tu lado ahora,
pero por eso mismo debo alejarme de ti.

CLITEMNESTRA: Tienes todo el tiempo del mundo para hacer aquello
que desees, y lo que decidas y hagas estará bien hecho.
No soy quién para interponerme en tu trabajo,
que es misión de rey, pero no olvides que soy
una esposa que ha pasado demasiados años sola.
Acabas de llegar y ya pretendes marcharte de nuevo.
Hazlo si quieres, pero déjame que te muestre

lo que ahora rechazas y que te recuerde
lo que dejaste atrás y te has estado perdiendo.

(Clitemnestra, insinuante, desaparece llevándose a Agamenón consigo.)

DEMÓDOCO: Clitemnestra seduce a Agamenón,
tu padre se abandona a los encantos de tu madre
y, mientras, Egisto gana tiempo para sus fines.
Quisieras advertir a tu padre del engaño
pero no puede escucharte.
Teme una traición en el futuro, y no sabe
que es ahora cuando está siendo traicionado.
¡Agamenón, huye! ¡Márchate de aquí! ¡Vuelve a tu guerra de Troya,
pues estás más seguro en medio del fragor de la batalla
que en la quietud regalada de tu propio hogar!

*(Agamenón reaparece, saluda al pueblo y es vitoreado. Electra regresa
junto a Demódoco.)*

ELECTRA: ¡Padre mío, no caigas en la trampa!
Argos te necesita, tus hombres te echan de falta
y Electra no quiere tener que llorar por ti.
¡Escucha a tu hija, Agamenón, y da media vuelta!

CORO: ¡Gloria a Agamenón!

ELECTRA: ¡Huye, Agamenón!

CORO: ¡Gloria para el señor de Argos!

ELECTRA: ¡Regresa a Troya!

CORO: ¡Victoria para el rey Agamenón!

ELECTRA: ¡Padre!

CORO: ¡Larga vida a Agamenón!

(Agamenón se dirige al carruaje mientras la acción es descrita por Electra)

ELECTRA: El rey Agamenón saluda a su pueblo,
y Argos saluda al rey Agamenón.
Arrogante, majestuoso, semejante a un dios,
se acerca a su carruaje, dispuesto a desplazarse hasta Oma
y orar en silencio en el templo del bosque.
Agamenón se encarama a lo más alto
y levanta el brazo para despedirse de Clitemnestra,
asomada a la entrada del palacio. Y justo entonces
se funde la luz con la oscuridad,
la tierra tiembla, brota el trueno
y el cuerpo de Agamenón se rompe en mil pedazos.

(Concluye el trance iniciado por Demódoco, que asiste a Electra en su dolor.)

ELECTRA: ¡Traicionado por mi propia madre!
¡Asesinado a manos de Egisto! ¡Agamenón,
te vas sin haberte conocido!

DEMÓDOCO: Electra... Princesa...

ELECTRA: ¿Por qué me has hecho esto, Demódoco?
¿Por qué me lo has enseñado? ¡Dime
que lo que he visto es todo invención,
nada más que una pura mentira!

DEMÓDOCOS: Tenías que saberlo, Electra.

ELECTRA: No, no tenía que saberlo...
pero en el fondo ya lo sabía.
¡Argos, comprado por una traición!
¡Electra, hija de una asesina!

DEMÓDOCOS: El crimen de Clitemnestra no te convierte en culpable.

ELECTRA: Mi culpa es no haber estado ahí
para haberlo evitado. Y ahora están a punto
de casarse, en una boda nacida
de la sangre de mi padre.
¡No lo consentiré! ¡No puedo permitirlo!
Vengaré la muerte de Agamenón
matando a esos amantes viles
que se refocilan en el estiércol.

DEMÓDOCOS: Recuerda que estás sola, que nadie en Argos
te creará si cuentas lo que sabes.

ELECTRA: Argos no puede ser gobernada desde el crimen.

DEMÓDOCOS: Debes meditar lo que quieres hacer.
El impulso de la ira ciega la razón y los sentidos.

ELECTRA: Sólo quiero matar, vengar a mi padre,
acabar con los asesinos.

DEMÓDOCOS: Te entiendo muy bien, pero ahora no es el momento.

ELECTRA: Oigo a mi padre clamando venganza,
y siempre es momento para que una hija
honre a su padre cumpliendo sus deseos.

DEMÓDOCOC: Admiro tu coraje, pero a veces
es mayor el valor que exige la prudencia.

(El coro regresa. Son los hombres de Egisto que retoman la labor de cortar los árboles de Oma. Se oye el ruido de las hachas golpeando contra los troncos y arrancando trozos de madera)

ELECTRA: Ya están aquí otra vez esos hombres, asesinos
ellos también del legado de mi padre.

CORO: Cortad, cortad, cortad. Cortad los troncos,
las ramas. Arrancad las raíces que se adentran en la tierra.
Extirpad el cáncer que ha crecido en la ciudad de Argos,
la herencia del odiado Agamenón.

ELECTRA: ¡No tenéis derecho a pronunciar
su nombre, vosotros, esbirros de Egisto,
de ese canalla que utiliza a mi madre!

DEMÓDOCOC: ¿Estás segura de que Clitemnestra es,
a su manera, otra víctima de Egisto?

CORO: Cortad, cortad, cortad. Cortad los árboles,
acabad con el bosque de Oma. Cortad.

ELECTRA: No estoy segura de nada, Demódoco,
pero déjame que guarde un mínimo de duda.

Clitemnestra es mi madre, y yo
no puedo ser hija de la asesina de mi padre.

CORO: Cortad, cortad, cortad.

ELECTRA: ¿Pero a quién quiero engañar?
¡Clitemnestra es mucho peor que Egisto!
Nadie la ha engañado, y eso es lo más grave.
Puedo comprender que él quisiera el poder, pero ella
ha matado a un gran hombre por otro que no vale nada.

DEMÓDOCOS: ¿Qué vas a hacer?

ELECTRA: No lo sé. ¿Detener esa boda? Ojalá pudiese,
pero no sé cómo ni de qué serviría.
¿Matar a Egisto y Clitemnestra con mis manos?
La amarga verdad es que no soy capaz.
¿Conseguir que otro los mate por mí?
¿Y quién lo haría? ¿Quién va a creer la historia
de la pobre Electra? Me acusarán de haber enloquecido,
de inventarme un crimen de estado en medio del dolor.
Nadie me creerá, y ojalá tuviesen razón al no hacerlo.

CORO: Cortad los árboles. Erigid el túmulo nupcial
para Egisto y Clitemnestra. Gloria a los reyes de Argos.
Acabad con el bosque de Agamenón,
que arruinó la ciudad en la inútil guerra de Troya.

ELECTRA: Escúchalos. Los mismos que aclamaban
a mi padre ahora lo desprecian.
No puedo consentir tanta mezquindad y tanta mentira.

DEMÓDOC: Insisto en preguntarte qué vas a hacer.

ELECTRA: ¿Hacer? Nada. Aún no puedo hacer nada,
pero algún día podré.

Mas sí hay algo que puedo hacer ahora:
defender estos árboles, proteger el bosque de Oma.
Voy a impedir que esos lacayos acaben
con el legado de mi padre. Ayúdame.

DEMÓDOC: Estoy contigo.

CORO: Cortad. Cortad. Cortad.

ELECTRA: Veremos si son capaces de cortar los árboles
a los que Electra esté encadenada.

Soy una princesa de Argos,
soy hija de la reina Clitemnestra,
aunque eso sea mi desgracia.

Que sigan cortando con sus hachas.

Que se atrevan a destruir el bosque de Oma
a riesgo de matar a Electra.

CORO: Cortad. Cortad. Cortad.

Acabad con el bosque de Oma.

Cortad.

SEGUNDO ACTO

(El Bosque de Oma aparece oscuro, con un velo de dolor sobre sus antiguos colores. Encadenada a uno de los árboles y envuelta en harapos, grita Electra)

ELECTRA: ¡Estás muerto, Egisto! ¡Estáis muertos tú
y la que duerme contigo! ¡Vas a morir,
pero Argos no morirá contigo!
Ojalá sea hoy el día en que alguien
haga justicia y libere a la ciudad
de tu presencia perniciosa. Agamenón
será vengado cuando un brazo fuerte
acabe con el régimen de terror
que has impuesto sobre Argos. Escucha a Electra,
graba en tu memoria cada palabra que te digo
porque esto es lo que ha de suceder:
alguien vendrá que acabará contigo

y Argos entero se alegrará cuando vea
que un valiente la rescata de un tirano.
Eres sanguinario y cruel, Egisto. ¡Eres la muerte!

CORO: No hay jornada que amanezca sin el grito de Electra:
el grito y la furia. No quisiera ser yo
el rey Egisto y saber que cada día comienza
con una maldición para mí y para los míos.

ELECTRA: En el palacio de mi padre se aloja el pecado.
El cuerpo del que nací es hoy carne emponzoñada.
Clitemnestra deja a su paso un rastro de náusea y estiércol.
Tú también vas a morir, mujer podrida.
¡Tú también estás muerta!

CORO: ¿Qué clase de hija es esta que dice
tales cosas de su propia madre?
No hay razones que justifiquen el ataque
hacia tu misma sangre; o, si las hay, yo no las conozco.
Pero no sé si es más digna de lástima
aquella que no recibe el respeto que merece
su condición o la que ha perdido el sentido
de la cordura y no vacila en dañar la reputación
de su madre, atacándola con infamias
y anunciándole calamidades y desdichas.

ELECTRA: Argos sufre bajo el imperio del mal.
Quien prometió que iba a engrandecerla
es hoy su mayor verdugo, el ejecutor
de una dictadura sin precedentes.
Sufrís, ciudadanos de Argos; sufrís,
y yo me duelo con vosotros; sufrís,

pero sabed que la culpa es vuestra.
Apoyasteis a Egisto, lo seguisteis,
lo creísteis cuando os dijo que iba
a haceros más fuertes. Ilusos,
inocentes que carecéis de criterio y astucia...
¡Pero Egisto sí es astuto!
Él conoce ardides y artimañas sin cuento,
él domina el arte de engañar,
él ha fingido velar por la ciudad
a la que ahora exprime. Pueblo de Argos:
sufres, sí, ¡pero tú te lo has buscado!

CORO: La princesa Electra se arriesga
en un grado sin límites. De su boca
sólo salen imprecaciones contra el rey legítimo.
Porque Egisto es el rey, por mucho que nos duela,
y a él debemos obediencia y lealtad:
justo aquello que le falta a Electra.
No digo que la princesa mienta, eso no;
pero hay momentos en que decir la verdad
no es lo más conveniente ni sirve de nada.

ELECTRA: Argos amaba al rey Agamenón.
¡Pero ahora Argos teme a Egisto!
¡La ciudad está invadida por el pánico!
¡Argos entera se está muriendo de miedo!

CORO: Argos, Argos... Argos y el temor. Argos y el miedo.
Si la princesa Electra estuviese en nuestro lugar
no hablaría con palabras tan crueles.
Porque tiene razón, Electra nos hace daño;
porque dice la verdad, ella es la primera
que debería callarse.

Somos juguetes en manos de Egisto,
sí; piezas delicadas que se quiebran
bajo un roce demasiado fuerte. Y Egisto
sabe cómo apretar... Hija de Agamenón,
deja de imprecicar al que rige nuestras vidas;
piensa si tus quejas no serán un imán
que nos atraiga las desgracias.

ELECTRA: Argos, ciudad solitaria;
Argos, proscrita del mundo;
Argos, enemiga de los tuyos...
Pudiste ser fuerte con Agamenón y ahora
te arrastras bajo el yugo de Egisto. Argos,
contempla cómo te abandonan tus gentes,
cómo los forasteros desvían su camino.
Los de dentro se van, si es que les dejan,
y los de fuera renuncian a visitarte.
Estás aislada, como un erial azotado
por los vientos o un peñasco estéril
asomado en medio de los mares:
quien no se aleje al avistarte terminará
por estrellarse contra ti y hundirse en el océano.

CORO: La princesa revive cada día nuestra culpa.
Nos recuerda aquello que padecemos
y no permite que olvidemos la responsabilidad
que nos corresponde en el asunto. Quiere
que cada uno se enfrente consigo mismo o,
mejor, que unidos nos encaremos con Egisto.
Pero Electra pide demasiado y ella no lo ignora.
No es este el mejor momento para poner a prueba
la osadía de Argos.

ELECTRA: Egisto, eres un cobarde. ¿O acaso será Argos la cobarde al no atreverse a derrocarte? Pero no culpo a la ciudad tanto como a ti y a esa mujer que te acompaña. Entre los dos habéis asesinado a mi padre y por eso seréis castigados.

(Aparece Demódoco.)

CORIFEO: Saludos, anciano. Te diría que no llegas en un buen momento si no fuesen ya todos los momentos de la princesa Electra iguales a este.

DEMÓDOCO: Sé de la furia de la hija de Agamenón y no me asusta. Y también te diré que no me extraña. Su pérdida ha sido demasiado grande y tiene importantes y tristes razones para lamentarse.

CORIFEO: Atada a Oma, Electra expresa un dolor que no se extingue, una pena que se alimenta a sí misma y que nunca se sacia. Si no estuviese ya curado de espanto, la justicia de su queja haría mella en mi corazón, conmoviendo sus cimientos y haciendo brotar lágrimas de su interior. Pero en Argos ya no hay ocasión para llorar y sí para otro tipo de sentimientos menos nobles y en absoluto emotivos.

DEMÓDOCO: Al oírte se diría que Electra es todo violencia, puro estertor,

pero mírala ahora, callada,
sin apenas moverse, con la mirada
velada y sin embargo tan hermosa.

CORIFEO: ¿Quién va a discutir la belleza
de la princesa Electra? Incluso ahora,
después de tanto tiempo de desvarío,
se la ve deslumbrante. Y no sé
hasta qué punto no habrá sido el padecimiento
lo que le habrá dado semejante esplendor.
Pero eso mismo me aleja de ella,
pues esta Electra renovada y radiante
es doblemente peligrosa, y no creo
que haya hombres capaces de resistir
el poder de su aspecto y sus palabras.

DEMÓDOCO: Ningún hombre... salvo quizás Egisto.

CORIFEO: ¿Bromeas, Demódoco? ¿Te burlas de mí?
Sobre Argos se extienden las sombras
y tú te entretienes en juegos caprichosos.

ELECTRA: ¿Dónde están tus leñadores, Egisto?
¿Qué se ha hecho de los que cortaban
los árboles del bosque de Oma?
¿Siguen contigo? ¿Se han convertido
en esclavos tuyos? ¿Acaso en esbirros?
¿O quizá forman parte de tu ejército de verdugos?
Tus hombres son asesinos, Egisto;
adoran el olor y el sabor de la sangre,
se alimentan de vísceras palpitantes,
desgarran los miembros de sus víctimas

y se entregan a un festín
de crueldad ilimitada.
Han salido a ti, Egisto:
tus hombres son tu reflejo.

CORIFEO: Escúchala. Una y otra vez castiga
con su desprecio a los que sirven a Egisto,
por no hablar de sus ataques contra el mismo rey.
Lleva tanto tiempo en esta situación
que por una parte apetece burlarse de ella
y recordarle lo poco que ha conseguido hasta el momento,
pero por otro lado me obliga a reconocer
en mi interior que he sido tan cobarde
como cualquier otro al aceptar ciertas cosas
sin rebelarme. Yo no soy un asesino,
Demódoco, tú lo sabes, y la sangre
no ha manchado mis ropas, pero aun así
Electra maneja los resortes precisos
para hacerme sentir culpable.

DEMÓDOCO: Sólo puedes sentirte culpable
si tienes alguna culpa sobre ti.
Electra no puede inventar acciones
de las que tengas que arrepentirte;
como mucho sacará a la luz
lo que ya esté en tu pasado.

CORO: La ciudad no es responsable
de las culpas de Egisto.

CORIFEO: La ciudad no es responsable
de las culpas de Egisto.

Nadie consulta a los ciudadanos.
Todas las decisiones son tomadas por otros
y a nosotros nos llegan dadas.

DEMÓDOCOC: Argos decidió rechazar a Agamenón,
y lo hizo libremente.

CORIFEOC: En ese tiempo el rey Agamenón no era popular.

DEMÓDOCOC: ...Y Argos prefirió apostar por el populismo:
se quedó con Egisto.

CORIFEOC: También tú eres peligroso, Demódoco:
esas palabras me recuerdan a Electra.

CORO: La ciudad no es responsable
de las culpas de Egisto.
La ciudad no es responsable
de las culpas de Egisto.
La ciudad no es responsable
de las culpas de Egisto.

(Aparece Egisto.)

EGISTOC: ¿Acaso en Oma sólo se escucha mi nombre?

CORIFEOC: Apartémonos. Hay cosas que los hombres
no debemos presenciar demasiado cerca,
y el encuentro entre un rey y la hija de otro
es uno de estos hechos.

DEMÓDOCOC: ¿Por qué ha venido Egisto hasta este lugar?

CORIFEO: Sólo él lo sabe, pero no es la primera vez que viene.
Normalmente se queda rondando los lindes del bosque
y se marcha después, pero en ocasiones se adentra hasta aquí
y discute con Electra en términos extraños.

DEMÓDOCOC: ¡La hija de Agamenón y el rey de Argos
frente a frente...!

CORIFEO: Sí, atada ella con cadenas
y sujeto él por un misterio que le impide
ordenar la muerte de su enemiga,
algo que todos tememos que ocurra
y que ella parece estar buscando
con su actitud combativa y rebelde.

CORO: (*A Electra.*) Electra, en Oma hace su entrada el rey Egisto.
Hazle a él tus reproches. Acribíllalo
con improperios y quejas. Húndelo
en la miseria del estupor y la culpa.

ELECTRA: ¡Basta ya! No necesito consejos
para conducirme convenientemente ante el marido
de mi madre, ni tampoco hace falta
que nadie me anime a enfrentarme a él.
Egisto sabe quién soy y cómo soy,
y no se le oculta lo que deseo de él y para él;
si está aquí no es por casualidad
sino sabiendo a lo que se expone.

CORO: (*A Egisto.*) Señor, no pierdas tu tiempo con esta mujer enloquecida,
con esta iluminada excéntrica y extravagante
que gusta de insultar a su rey

y amenazarle con horrores y catástrofes.
Cree ser temible, pero no es más
que un incordio insignificante que ha venido
a refugiarse en este bosquecillo para urdir
sus intrigas y pregonar sus males.
Electra perdió la razón al morir su padre
y por ello es digna de lástima,
pero la soberbia y la arrogancia le impiden
contener el legítimo dolor dentro de sus cauces
y transforma su pena interior en rechazo
contra el mundo. Electra detesta a Egisto
porque odia la idea de que pueda haber
otro rey que no sea Agamenón. Es tan pueril
que movería a compasión o incluso a risa
si no fuese tan incansable y tenaz
en la expresión de su rabia.
Tan escandalosa actitud no ha sido flor de un día,
sino que lleva atada a un árbol tanto tiempo
que he perdido la noción del cálculo.
No consigue más que cansar a su auditorio
a base de lamentos repetidos
o atemorizar a los más débiles de ánimo
que creen ver en ella una figura temible,
acaso una adivina cargada de vaticinios
y profecías. A gente así puede engañarlos
con su cháchara rencorosa y mezquina,
pero no vale la pena que te esfuerces en escucharla
y concederle una mínima parte de tu interés,
porque a ti nada puede aportarte
que no conozcas ya. Márchate, Egisto,
y dedica tu atención al gobierno de Argos:
de tu visita a Oma saldrás sin obtener fruto alguno.

EGISTO: Os he dejado hablar porque todos en Argos tienen derecho a expresarse y teníais algo que decir. Al parecer hay quien comenta que Egisto controla hechos, palabras y personas, como si Egisto fuese un dictador que hubiese puesto el pueblo a su servicio y no fuese él, en cambio, quien estuviese dedicado a gobernar en beneficio de Argos. Estoy aquí para escuchar a mi gente y proporcionar aquello que me piden, pero que nadie espere de mí que vuelva sobre mis pasos cuando he tomado la decisión de venir. Sé lo que quiero y cómo lo quiero, y ninguna voz influirá en mí haciendo que me marche.

ELECTRA: Dejad a Egisto que se acerque. Él, que ha matado a tantos, también tiene derecho a morir.

EGISTO: ¿Pretendes asustarme, hija mía?

ELECTRA: ¿Y tú, acaso crees que me vas a hacer daño llamándome hija tuya?

EGISTO: ¿Y si sólo quisiera ablandar tu corazón apelando al parentesco que nos une?

ELECTRA: Te diría que carezco de ese órgano porque Clitemnestra y tú me lo arrancasteis el día que murió mi padre.

EGISTO: Tu madre no ha dejado de lamentar la muerte del gran Agamenón, pero eso no le impide

continuar con su vida. La culpas
por haber contraído nuevo matrimonio
conmigo, pero tu madre es reina,
además de mujer, y no ha querido hacer
dejación de sus deberes con Argos.
El gobierno de una ciudad no puede ser abandonado,
y si Clitemnestra me ha alzado a su lado
ha sido para ayudarla en esta labor ingrata
que sólo aquellos que la ejercen saben
hasta qué punto es dura y sacrificada.
Como hija la juzgas, pero no olvides
que la reina es madre de todos nosotros
y tiene deberes con el resto de su prole.

ELECTRA: Tus palabras son justas y virtuosas,
y lo serían aún más si no hubiesen sido pronunciadas
por alguien acostumbrado a la manipulación y el engaño.
Has alcanzado el poder por medio de una intriga
y no vacilarías en llegar a cualquier extremo
con tal de mantenerte en ese lugar.
Te conozco demasiado bien y sé
que no estarías aquí si no tuvieses
algún propósito oculto... Oculto
para los demás, quiero decir, porque para mí
eres un hombre absolutamente transparente:
dentro de ti sólo hay espacio para la ruindad,
y es mezquino el aliento que corroe tu pecho.

EGISTO: En las calles de Argos se dice
que Electra ha perdido la razón.
De Oma llegan rumores acerca
de la princesa encadenada que anuncia

grandes males para la ciudad y sus reyes.
La gente teme a esa mujer que pasa
sin transición del silencio a la furia,
que grita y aúlla asustando a las fieras
del bosque y al momento se acurruca
entre las raíces esperando la caricia
de una mano protectora. Electra es inconstante,
dicen; Electra no sabe lo que quiere
pero tiene muy claro lo que odia.
Y lo que odia soy yo, que nunca
le he hecho nada... que tanto la he querido.

ELECTRA: Si Electra causa temor, ¿qué decir de Egisto?
También hasta aquí llega el eco
nacido en los rincones de esa ciudad
que un día fue libre.

EGISTO: Y que lo sigue siendo, y aún más
que antes: más fuerte, más poderosa,
más unida de lo que nunca fue
en tiempos de Agamenón, aquel
que desgastó la soberanía poniéndola
al servicio de intereses extranjeros.

ELECTRA: Veo que mi padre sigue siendo
tu vara de medir. Ojalá hubiese conocido
el sabor de esta victoria sobre ti.

EGISTO: Agamenón no es mi obsesión,
ni lo ha sido nunca. De tener alguna,
la obsesión de un rey sería el futuro de su país,
pero jamás el pasado que ya ha sido superado.

ELECTRA: Si eso fuese verdad, que no lo es,
no te preocupes tanto,
porque Egisto carece de futuro.

EGISTO: Podría hacer que el tuyo concluyese en este instante.

ELECTRA: Aun muerta seguiría diciendo la verdad.
Tú no me conoces.

EGISTO: Creí conocerte en otro tiempo, pero veo
que no calibré el alcance de tu fuerza.

ELECTRA: Hablas de intereses extranjeros,
pero cualquier cosa es mejor que aguantar
a un rey que sólo busca la satisfacción
del capricho de unos cuantos.

EGISTO: ¿Al pueblo de Argos lo llamas «unos cuantos»?

ELECTRA: Incluso tú eras parte de Argos para Agamenón;
incluso un vil excremento de zorra como tú
tenía derechos de ciudadanía. Para mi padre
no había distinciones y habría suprimido
las fronteras de haber podido, pero tú
tenías miedo al exterior y lo impediste.
Preferiste quedarte dentro de la ciudad
y reducir sus límites al máximo. Y sé muy bien
por qué: sólo te interesa aquello
que puedes controlar, sólo admites
lo que no escapa de tu vista, sólo escuchas
lo que habla con tu misma voz y repite
el eco de tus palabras. Eres pequeño, Egisto,

y por eso intentas que Argos sea tan pequeña
como tú. Pero te ha salido mal, porque es
dentro de Argos donde se grita la verdad:
¡Yo soy Electra, princesa de Argos,
y digo que estás maldito! ¡Yo soy Electra,
hija del rey Agamenón, y aseguro
que nunca ha sido Argos tan débil como contigo!
¡Yo soy Electra,
y salvaré a mi gente de tu hechizo,
acabando con tu terror y arrojándote al infierno!

EGISTO: Tú eres Electra, sí; una loca encadenada
a un árbol por tu propia voluntad.
Llevo tanto tiempo aguantando tu insolencia
que he aprendido a no escucharte ni a tenerte en cuenta.
¿A quién pretendes asustar? ¿Acaso crees
que unas palabras rencorosas conseguirán
que vuelva al palacio entre temblores y llantos?
Tú sí que ignoras quién soy yo, y yo soy Egisto,
no una niña tonta destinada al sacrificio
como tu hermana Ifigenia.

ELECTRA: ¡El fuego y la cólera del cielo caerán sobre ti!
¡Un cuchillo divino cortará el hilo de tu estirpe!
Ese nombre santo no puede ser profanado por ti
sin que una peste atroz haga brotar tumores
en tus labios. Queriendo torturarme
es sólo a ti a quien dañás; a ti y a la arpía
cuyo vientre albergó la semilla de mi padre.

EGISTO: Me preguntan a qué vengo y nunca como ahora
tengo tan clara la razón: vengo a ver

tu impotencia, tu frustrada indignación,
el fracaso de tus ofensas y amenazas.
Vengo a Oma para saber que no has muerto
y reírme de ti un poco más. Porque te quiero viva:
viva para que sepas de mi poder, viva para que veas
cómo acabo con el recuerdo de tu padre.

ELECTRA: Sé lo que intentas. Quieres que pierda los nervios...

EGISTO: Los has perdido ya.

ELECTRA: ...que pierda los nervios y ponga fin a la cuestión
acabando con mi vida. Pero no lo haré,
no moriré a mis propias manos.
Me quedaré aquí viendo cómo en Argos
va creciendo el descontento contra ti,
cómo las ciudades vecinas comercian entre ellas
y te dejan aislado, cómo a cualquier ejército
le da por invadir tus calles y ningún amigo
alzará su brazo en tu defensa.
Tú quieres que yo enloquezca,
y quizá lo consigas, pero mientras
seré yo quien ría viendo tu soledad,
tu estéril reinado sobre la nada,
tu grotesca sinrazón, tu cobardía.

EGISTO: Tienes mucha suerte al ser hija de quien eres,
porque eso es lo único que te mantiene con vida.

ELECTRA: Agamenón es mi padre, pero tú
sólo eres hijo de la codicia y el odio.

EGISTO: Agamenón es tu padre,
y tu madre es Clitemnestra.

ELECTRA: Agamenón es mi padre y una ciudad me dio a luz.
Mi madre es Argos.

EGISTO: Fingir una mentira no evitará la verdad:
el respeto debido a Clitemnestra impide
que mis hombres te apliquen el castigo
al que eres acreedora.

ELECTRA: A tu esposa le agradezco la vida que me dio,
pero no la que me ha quitado.
Si estoy viva no es a ella a quien se lo debo,
sino al miedo que pese a todo me tienes.

EGISTO: ¿Miedo a una pobre infeliz?
¡Ni siquiera me tengo miedo a mí mismo!

ELECTRA: Egisto teme todo lo que no es Egisto.
Egisto está hecho de calambres y escalofríos.
Egisto es un cobarde guarecido
tras una fachada arrogante y jactanciosa.
Careces de valor, por eso sé que eres peligroso
y que es preciso acabar contigo.

EGISTO: Presumes de conocerme bien,
pero no sabes nada de mí en realidad.

ELECTRA: De pequeña hubo un momento
en que quise ser como Egisto.
Orestes y yo te buscábamos, te escuchábamos,
te admirábamos. «¡Argos será fuerte!», decías.

«¡Los jóvenes de hoy harán grande esta ciudad!».
Y en verdad que éramos muchos los que te creímos,
sin saber que a esa edad uno está dispuesto a seguir
a cualquiera antes que a aquel que tiene razón,
y menos aún si el que dice la verdad es tu propio padre.
¡No caeré otra vez en ese error! ¡No dejaré
que nadie se equivoque como lo hice yo entonces!

EGISTO: ¿Y qué vas a hacer? ¿Crees que nadie
atentará contra mí sólo por que tú lo deseas?
Dices que estoy aislado, pero ¡mírate a ti!
¡Electra sí que está sola! ¡Sola, alejada
del mundo, sumergida en las profundidades
del bosque de Oma, que cualquier día desaparecerá
definitivamente si se me antoja!
Has tenido mil posibilidades para ser feliz,
para formar parte de mi destino,
parte de Argos, pero todas las has rechazado.
¿Por qué tendría que apenarme de ti?
Hubo un día en que te quise,
no como a una princesa sino como a una mujer,
pero creo recordar que tú me despreciaste.
Mi memoria te mantiene viva,
pero una rencorosa como tú es incapaz
de reconocerlo y no pecar de ingratitud.

ELECTRA: Sólo seré feliz el día en que Egisto deje de ser rey,
y ni aun entonces mi felicidad será plena,
porque no podré olvidar todo el daño que has hecho
y el rastro de dolor que habrás dejado a tu paso.
Pero sí hay algo en lo que no te falta razón:
te desprecié, sí, igual que te sigo despreciando.

EGISTO: La joven Electra y su hermano Orestes
buscaban mi presencia y yo no os rehuía.
Me gustaba que los hijos de Agamenón
fuesen libres para opinar y tuviesen decisiones
y gustos propios. Entonces erais valientes, atrevidos,
pensabais por vosotros mismos y estabais
comprometidos con el destino de la ciudad
y la recuperación de su origen. Orestes pagó cara
su osada firmeza y tuvo que marcharse,
pero tú, de repente, cambiaste de parecer
y te alejaste de mí. Lo habrías tenido todo
quedándote a mi lado, pero no quisiste
y de ello eres tú la única culpable.

ELECTRA: Mi culpa fue creer en ti y en tus palabras
tan bellas, pero dile de qué valen las palabras
a las gentes asustadas por tus hombres.
Dirás que tú no estabas con ellos, y quizá sea verdad,
pero yo he visto asaltar comercios en tu nombre,
atacar a funcionarios públicos en tu nombre;
amedrentar, insultar y amenazar en tu nombre;
saquear y destrozar en tu nombre,
golpear en tu nombre, herir en tu nombre,
destruir y matar en tu nombre.
Tus palabras tenían fuerza, sí: tanta como odio.
Tus palabras estimulaban el ánimo y el coraje,
igual que incitaban a la violencia y la destrucción.
Tus palabras seducían, pero también hipnotizaban.
Yo he sido una víctima de tus palabras y ahora
me niego a ser esclava de tu rencor.
No me digas que un día me quisiste, no apeles
a un recuerdo ficticio de juventud y respétate

a ti mismo ya que eres incapaz de respetar a los demás. Si no me dices tanto asco conseguirías hacerme reír.

EGISTO: Eres una mujer hermosa, Electra.
Acaso la más hermosa que conozco,
y eso incluye a tu madre: ya ves
lo que te digo. Si tú quisieras, cualquier hombre
se rendiría a tus pies y haría lo que tú pidieses.
Tal vez yo mismo podría ser uno de esos hombres
y a lo mejor tengas el poder suficiente
para dominarme. ¿Te gustaría intentarlo?
¿Te apetece saber hasta qué punto
podría someterme a tus deseos?

ELECTRA: ¿De qué estás hablando, Egisto?
¿Me equivoco o estás intentando sugerir
un acoplamiento entre los dos?
A la fuerza he debido de entenderte mal,
porque una cosa es que te crea perverso,
maligno y depravado, y otra muy distinta
es que seas simplemente tonto.

EGISTO: Eres dura e impenetrable, Electra,
y eso mismo te hace tan atractiva.
Pero tú eres demasiado consciente
de tu encanto salvaje y sabes
cómo insinuar y provocar a tu adversario
con armas irresistibles a los hombres
y de las que nosotros carecemos.

ELECTRA: ¿De repente intentas conmovirme como mujer?
Olvídate de eso, porque he dejado muy atrás

las miserias del cuerpo. La hija de Agamenón
no tiene más deseo que la justicia ni otra necesidad
que recuperar a Argos para el mundo.
No hay nada más que me puedas ofrecer
y ni siquiera eso es lo que espero de ti,
porque serán otros los que vendrán a dármelo.

EGISTO: Veo que eres tan débil y tan cobarde
que no te atreves a tomarte la venganza por tu mano
y necesitas personas interpuestas que ocupen
tu lugar y ejecuten tus designios.
Eres bien poca cosa si no puedes valerte
por ti misma, Electra; estás acabada.

ELECTRA: No me quieras confundir porque no soy
como tú, Egisto. Yo no he hablado de venganza
sino de justicia. No tengo instintos crueles
y asesinos como tú, ni me complace
el mal ajeno, aunque sea el tuyo.
Tú quisieras deshacerte de mí
porque te doy miedo, yo quiero librarme de ti
porque es lo mejor para mi pueblo.

EGISTO: Me sería muy fácil acallar tu boca
para siempre, pero no lo hago.
Si fuese ese ser inhumano que proclamas,
hace mucho que habrías dejado de vivir.
Amenazas a tu rey y sólo por eso
no hay ley en el mundo que no me proteja
y me impida ajusticiarte, pero no quiero darte
la satisfacción de convertirme en tu verdugo.
Te gustaría que te hiciese daño yo mismo

o que ordenase a mis hombres que te lo hiciesen.
Desengáñate: no hay mayor tortura para ti
que vivir; y vivir aquí, a espaldas
del mundo, lejos de todas partes,
convertida en un ser ridículo y patético.
Podrás asustar a los más sencillos
e ignorantes, no lo niego; podrás
pasar por una especie de deidad
o acaso una adivina capaz de predecir,
o hasta causar, desdichas y males;
pero no conseguirás nada más que encender
tu ánimo hasta consumirte a ti misma
y reducir tu rabia a cenizas. Eso es
todo lo que eres y todo lo que serás:
la loca del bosque atada a un árbol,
un espectáculo decadente para un público
de roedores y hojas secas. Eres tan triste,
Electra...; tan vergonzosamente triste
que cualquier otro sentimiento que puedas generar
se ahoga en la lástima y la pena.

ELECTRA: Sólo que la loca del árbol es,
lo quieras o no, lo quiera yo
o no lo quiera, la hija de Clitemnestra
e hija también de Agamenón.
Y si tú hoy detentas un poder
que no mereces no es por ti, sino que es
tu boda con mi madre quien te lo ha otorgado.
Y la loca encadenada a Oma es princesa
de sangre real, mientras que ni una sola gota
hay en ti que no sea de hombre vulgar,
de hombre cotidiano. Me mantienes viva

porque no te atreves a afrontar el escándalo
de mi asesinato, pues todas las miradas
se dirigirían entonces a ti.
Siempre has querido ser rey, Egisto.
Tal vez lo habrías sido casándote conmigo,
pensaste hace años, pero yo te desprecié,
y al fin lo has logrado haciendo tuyo
el lecho de Clitemnestra. Tu ambición
ha sido satisfecha, y además a poco precio:
seducir a una mujer casada, convencerla
para odiar a su marido y forzar la situación
para que este hombre desaparezca para siempre.
Muerto el rey, el pueblo exige otro,
y ahí tenemos al noble Egisto, dispuesto
a cargar a sus espaldas el peso del poder,
el peso de Argos. Sé que mi madre y tú
matasteis a Agamenón, Egisto, pero no puedo probarlo
y nadie me cree cuando lo digo:
en ese aspecto sí que me toman por loca,
mujer que no ha sabido superar la muerte de su padre.
Pero tú y yo sabemos la verdad,
y también la sabe Clitemnestra.
Y sabéis que moriréis igual que murió Agamenón,
con una muerte violenta e imprevista,
sin tiempo para enmendar vuestros errores
ni para pedir clemencia ni perdón.
Matando a Agamenón matasteis la libertad
de Argos; muriendo vosotros
daréis a mi pueblo una nueva esperanza.

EGISTO: Tan sólo en una cosa tienes razón:
en que nadie te hará caso. En lo demás...

Suponiendo, y escucha bien que sólo digo suponiendo...
suponiendo que lo que dices hubiese sido verdad,
¿qué clase de persona serías tú que exiges muerte
a cambio de muerte, dolor a cambio de dolor?
Dices que he impuesto un régimen de terror
sobre Argos, pero no sé en qué se diferencia
ese futuro tuyo que nace del crimen
y la sangre derramada. No eres consecuente
con tus actos ni mides el alcance de tus palabras.
Estás ciega de ira y no comprendes que Electra
es la única responsable de la suerte de Electra,
que no hay más culpable de tu frustración que tú misma.
Sólo quien carece de sosiego interior puede atreverse
a achacar a su madre la muerte del padre;
sólo en medio de un desvarío como el tuyo puede alguien
acusar a una reina de la muerte del rey.

ELECTRA: Desde el bosque de Oma se ven y se saben
cosas terribles, y yo estoy aquí
para conocerlas y revelarlas. Nadie sospecha,
nadie imagina todo lo que sé;
nadie diría que lo que va a suceder
ya está escrito y es inevitable.
Yo no quiero ser como tú, Egisto;
no busco teñir mis manos con tu sangre
para ocupar tu lugar, y tampoco
pretendo sin más vengar a mi padre
con tu muerte y la muerte de tu esposa.
Este no es el mundo en el que quiero vivir
ni estas son mis ambiciones. Mi deseo es otro:
encontrar la paz, el orden, el sosiego.
Restaurar lo que no debió desaparecer

y eliminar lo que no es productivo.
Pero ese deseo mío no puede realizarse
sin rupturas ni traumas, y por eso
el destino de Electra es vivir permanentemente
en el sufrimiento por causas suyas o ajenas.
Si pudiese hacer algo por evitar el mal,
ten por seguro que lo haría, pero mi voluntad
no es apenas nada frente al futuro del mundo.

EGISTO: A veces eres enigmática incluso para mí.
Dices una cosa y la contraria.
Deseas lo mismo que rechazas.
Procuras aquello que te daña
y evitas lo que sirva para curarte.
Quieres matarme pero no me matas.
Aseguras que pretendes librarte de mí
pero no haces nada por quitarme de en medio.
Dices que anhelas el orden
pero te arriesgas a que Argos derive
por senderos de corrupción y abandono.
Es lo propio de quien odia el seno materno,
justo aquello por lo que todos los seres
sienten más amor. Estás escindida, Electra,
manejada por fuerzas en conflicto
que te han conducido al desequilibrio
y al caos. A pesar de todas tus locuras,
o quizá precisamente a causa de ellas,
eres digna de lástima, y como tal siento pena por ti.

ELECTRA: Vete, Egisto. Regresa a tus calles inhóspitas,
a tu palacio desabrido, a tu trono
que pronto estará vacante.

Vuelve con esa mujer traidora, y piensa
que quien ya ha traicionado al primer esposo
ha abierto la veda para hacer lo propio
con el segundo. Clitemnestra te ha sido fiel,
pero podría dejar de serlo.

EGISTO: Intentar que nazcan en mí sospechas hacia la reina
es un recurso demasiado zafio incluso para ti.
Entre tu madre y yo no hay secretos, Electra,
y por la misma razón tampoco hay dudas.
Reconozco que estás en situación de intentarlo todo,
pero hay medios mejores que otros,
o siquiera más fiables, para hacer
que regrese a Argos cabizbajo.

ELECTRA: No temes a Clitemnestra y has dicho mil veces
que tampoco me tienes miedo a mí,
pero también intentas insinuarte y,
al no obtener nada de tu torpe pretensión,
te aventuras por terrenos pantanosos incidiendo
en mi aislamiento y el patetismo de mis denuncias.
«¿Qué quieres tú?», podría preguntarte.
Pero no lo haré, porque la respuesta es evidente:
nada quieres porque nada eres y nada tienes
en tu interior. Sin Agamenón no eras nada,
y ahora no eres nada sin mí. Sin un enemigo
que combatir, sin alguien más fuerte que tú
para intentar reflejarte en su temple, Egisto no es más
que la carcasa vacía de una ambición estéril.
Lo quieres todo para ti, pero a cambio
no tienes nada que aportar. Tan sólo violencia
y destrucción, que son tu único legado.

Agamenón era un constructor de pueblos y naciones,
de gentes libres y orgullosas, de valores nuevos
y promesas que cumplir. Egisto es simplemente Egisto:
medianía y cortedad de miras disfrazadas
con un poco de arrogancia y un lamento hipócrita.
Querrás llorar por no ser nada, pero ninguna lágrima
se abrirá paso a través de un corazón hueco.

EGISTO: Adiós, Electra. No volveremos a vernos.

ELECTRA: Adiós, Egisto. Por desgracia, eso no será verdad.

EGISTO: ¿Seguro? Hablas tanto de mi muerte que olvidas
que también tú puedes morir. Quizá no sea hoy,
ni mañana... Quizá ahora, justo ahora,
en este preciso instante... No lo sé.
Pero estás tan segura de ti misma que simplemente
desprecias aquello que ignoras...
No sé por qué vengo a Oma,
ni por qué lo hago casi a escondidas
sin hacerme preceder por un séquito o un mensajero
que me abra paso y anuncie mi llegada.
Es verdad que acudo aquí de manera extraña,
y es posible que sí tenga miedo y por eso
haga tantas cosas raras e impropias de mí y de mi rango...
Muchas veces me quedo al otro lado
de estos árboles mucho rato, acaso
todo un día, y finalmente me marcho
sin acercarme hasta aquí, y mientras tanto
imagino lo que sería nuestra conversación
no realizada que inevitablemente es siempre parecida
a las que hayamos podido mantener con anterioridad.
Cuando hablamos tú y yo es para enfrentarnos,

y cuando no hablamos es para enfrentarnos también.
Me canso, Electra, pero no te daré la satisfacción
de renunciar a verte de nuevo. Tienes razón:
volveremos a vernos; regresaré aquí
aunque no sé cuándo, y de nuevo desearé
no haber venido y me marcharé jurando
por lo más sagrado que no nos veremos más...
Acaso nuestro destino sea este:
dejarnos vivir el uno al otro pero amenazando
con darnos muerte a la menor ocasión.
Podría matarte, pero no te mataré; dices
que alguien me matará a mí, pero no lo creo.
Si hubieses querido hacerlo
me habrías enviado a alguien ya,
y no lo has hecho.
Tampoco yo quiero que mueras;
no, al menos, hasta que no hayas sufrido un poco más.
Y tu sufrimiento es verme vivo,
como el mío es saber que puedo doblegar
a quien me proponga excepto a ti... Adiós, Electra:
habríamos podido hacer algo juntos,
pero el destino ha querido mantenernos
lo bastante separados como para no interferirnos,
y lo bastante unidos como para tener presente
siempre al otro en nuestros sueños.
Mi pesadilla eres tú, Electra, y siento
que nada me hará despertar... Me voy,
y ojalá que fuese para toda la eternidad,
pero intuyo que la eternidad es
una distancia demasiado corta.

(Sale Egisto.)

ELECTRA: ¡Oma!... *(Se recuesta junto al árbol.)* Estoy muy cansada.

CORO: La princesa Electra duerme en Oma
y en Argos las voces dialogan en voz baja.
Nadie quiere llamar la atención
ni dar a conocer una opinión propia.
Los espías están en todas partes.
El hermano se levanta contra el hermano.
El hijo sospecha del padre
y el padre tiene recelos del hijo.
No hay seguridad, no hay confianza.
Embozado tras la esquina se oculta el enemigo.
Escondido en los zaguanes se oculta el enemigo.
Agazapado entre las sombras se oculta el enemigo.
En Argos, las calles están llenas de enemigos.
En Argos, las familias dan cobijo al enemigo.
En Argos, uno mismo es su enemigo.
Clitemnestra reina sobre un pueblo encogido,
y lo mismo hace el rey Egisto.
Y los hombres del rey Egisto.
Y aquellos que protegen a los hombres del rey Egisto.
Y los que conocen y callan el nombre
de aquellos que protegen a los hombres del rey Egisto.
Y los que viven y callan.
Y los que lloran y callan.
Y los que mueren y callan.
Y los que pueden hacer algo y no lo hacen.
Y los que no pueden hacer nada.
Y los que mienten a sabiendas.
Y los que saben y vuelven la espalda.
Y los que miran a otro lado.
Y los que cierran los ojos.

Y los que agachan la cabeza.
Y los que empuñan las armas.
Y los que cargan con las culpas.
Y los que apuntan.
Y los que disparan.
Y los que reciben en su pecho las balas.
Y los que se van a otra parte.
Y los que se quedan.
Y los que no tienen adonde ir.
Y los que no tienen casa.
Y los que gritan en silencio.
Y los que no dicen nada.
Y los que hablan de otra cosa.
Y los que no tienen palabras.
Y los que quieren hacer algo.
Y los que hacen demasiado.
Y los que nunca harán nada.
Y los que se quejan de todo.
Y los que aguantan de todo.
Y los que han visto de todo.
Y los que han hecho de todo.
Y los que saben de todo.
Y los que no quieren saber nada.

(Aparecen Demódoco y el Corifeo.)

DEMÓDOCO: En Argos es de noche hasta de día.
Y también el bosque se ha vuelto un lugar oscuro.
Tengo escalofríos en todo el cuerpo,
pero quizá no sea culpa de Oma, sino mía,
que me voy haciendo más y más viejo.

CORIFEEO: Nadie en Oma se siente bien.

No es posible cuando no hay motivos para estarlo
y el lugar tampoco te los proporciona.

DEMÓDOCOC: El bosque sagrado era famoso por su paz.

Acudíamos a él en busca de tranquilidad
y descanso. A través de la naturaleza
conectábamos con la espiritualidad,
pero hasta la misma palabra estará en desuso.

CORIFEEO: Cierto; ningún joven de Argos habla ya de estas cosas.

DEMÓDOCOC: ¿Y de qué cosas hablan? ¿Qué les preocupa?
¿Qué les llama la atención?

CORIFEEO: No hagas preguntas, Demódoco,
cuya respuesta no quieres conocer.

Es verdad que hay preguntas que quedan
sin ser contestadas,
pero también hay respuestas para cuestiones
que nadie se atreverá a formular.

DEMÓDOCOC: El bosque de Oma siempre ha sido enigmático.

Era una pregunta en sí mismo,
pero también era un cofre con todas las respuestas.
Se salía de aquí sabiendo algo nuevo,
algo distinto y que no conocías.
Era elocuente, pero ahora está opaco
y triste, y permanece en silencio.

CORIFEEO: Electra es ahora la voz de Oma.

Aunque no la escuchemos, ella nos habla.

DEMÓDOCOS: Tal vez, pero es evidente
que también Electra empieza a estar cansada.

CORIFEOS: ¿Cansada de luchar?

DEMÓDOCOS: Cansada de ser Electra, de tener que aguardar
lo que está a punto de llegar y nunca llega.

CORIFEOS: ¿Temes que abandone?

DEMÓDOCOS: Ahora serás tú quien quedará sin respuesta,
porque acaso lo que espera esté ya aquí.

(Aparece Orestes.)

ORESTES: Si no me equivoco, esto es Oma.

DEMÓDOCOS: ¿Hablas conmigo?

ORESTES: Preguntaba si estoy en Oma,
aunque supongo que así es.

DEMÓDOCOS: Estás en lo cierto. Este es el bosque
de Oma, próximo a Argos.

ORESTES: Aunque muy cambiado.

DEMÓDOCOS: No más que ayer, ni que hace dos días.
Un bosque es un ser vivo y tiene derecho
a envejecer, así que habrá cambiado dependiendo
de con qué momento lo quieras comparar.

ORESTES: Recuerdo un bosque más frondoso, más verde,
con menos troncos caídos y astillados.
Un bosque lleno de colores
y con un aspecto vivo, no tan oscuro.
Aunque puedo estar equivocado
y mi memoria me traicione,
porque quizá sea mi imaginación
la que haya pintado un bosque
en el que, por desgracia, tampoco estuve mucho
ni de la mejor manera posible.

DEMÓDOCOS: Oma fue un tiempo deslumbrante de color,
es verdad. Pero el color es un efecto
que proviene de la luz, y en Oma
la luz depende de una vela que se extingue.

ORESTES: Llevo años habitando zonas oscuras.
Mis ojos se han acostumbrado a las sombras
y así puedo ver que Oma no se apaga
por sus años, que no son tantos,
sino por una capa espesa de destrucción deliberada.
Entiendo de agresiones forzadas, y sé
que la erosión de este bosque no es casual.

DEMÓDOCOS: ¿Y eso te preocupa?

ORESTES: Me perturba. No he venido a Oma
para apreciar su decadencia,
sino para encontrar mi pasado
y perdonarme a mí mismo.
Si lo que veo no es fruto legítimo del ayer,
sino producto de una ruptura intencionada,

puede que no sepa en qué lugar
de hoy se hallan mis raíces.

DEMÓDOCOC: Si solo te ves perdido, siempre puedes pedir ayuda.

ORESTES: Se dice que en Argos nadie ayuda a un forastero
ni se recibe con afecto a los extraños.

DEMÓDOCOC: Eso es en la ciudad, pero en el bosque
todos somos exiliados.

ORESTES: Aún no sé si estoy en verdad tan solo
como parezco. Tengo familia en Argos y tal vez
sea bien recibido por ellos, o tal vez no.

DEMÓDOCOC: Hay parientes que aguardan los regresos,
a otros les disgustan y los hay
que simplemente les sorprenden.
Tú sabrás si tienen motivos para acogerte
con agrado o dejar que continúe tu soledad.

ORESTES: La soledad es la amiga más constante del viajero.

DEMÓDOCOC: Entonces has llegado a un buen lugar
para que siga a tu lado.

ORESTES: Pero al mismo tiempo no hay viajero
que no agradezca algo de compañía
y un poco de conversación.

DEMÓDOCOC: En Oma encontrarás palabras,
algunas amistosas y cálidas,
pero son más famosos sus gritos.

(Electra despierta.)

ELECTRA: ¡El fuego de un volcán caerá sobre Argos,
aniquilando a sus reyes!
¡Ríos en llamas surcarán el palacio!
¡Y Egisto y Clitemnestra arderán hasta el fin de los días!...
Argos será libre del mal. ¡Argos
se verá libre de los hombres de Egisto!

CORO: Hombres que nos hacen daño.
Hombres que nos expulsan de nuestras casas,
que educan a nuestros hijos en el mal
volviéndolos contra nosotros.
Hombres que cambian la Historia.
Hombres que odian al resto de los hombres.

ORESTES: ¿Quién es esa mujer? ¿Qué dicen esas gentes?

DEMÓDOCO: Lloran la suerte de Argos, sometida
a un poder excluyente que nada quiere saber
de los que no le son fieles ciegamente.

CORO: Vienen contra nosotros.
Engañan a los niños con un mundo inexistente.
Nos prohíben comerciar sin su permiso.
Se incautan de negocios y bienes.
Impiden que hablemos otras lenguas,
que creamos en dioses diferentes,
que pensemos de manera distinta a como ellos piensan.
Los hombres de Egisto nos asedian hasta el fin.

ELECTRA: ¡También vosotros sois culpables,
gentes de Argos que tenéis miedo de ser libres!
¡Quejaos como yo me quejo!
¡Enfrentaos a ellos como yo me enfrento!
¡Luchad por vuestra libertad y dejad de lamentaros
como viejas plañideras quejumbrosas!... Pero no,
la culpa no es vuestra si no tenéis fuerza suficiente.
Ellos son poderosos y yo os comprendo.
Vivir es un riesgo demasiado peligroso.

ORESTES: Quiero saber quién es esa mujer
que habla con tanta fuerza y energía.
¿Es una loca, una demente, acaso una adivina?
¿Es una visionaria o está movida por un talante
aventurero y confuso? Dime quién es;
no me has contestado antes y necesito saberlo.

DEMÓDOCOS: La suerte de Argos es la suerte de Oma.
El pecado de un sitio obtiene su reproche en el otro.
Si esa mujer se queja tiene razones
para hacerlo, aunque parezca locura
que pretenda imponerse a su contendiente.

ORESTES: No me dices nada de lo que quiero saber,
anciano, y habré de averiguarlo yo mismo.

DEMÓDOCOS: Pues hazlo. Ve a ella y pregúntale.
Hazle saber tus dudas y quizá
a cambio te obsequie con las palabras
que dices necesitar y acaso necesites.

(Orestes se acerca a Electra.)

CORO: Hay en Oma un hombre que no conocemos,
un extraño en tierra hostil con los extraños.
Ya no hay forasteros en Argos, y hasta hay gentes
de Argos que son tenidas por extranjeros.
Nadie viene a visitarnos, y el que viaja
al exterior ya no puede regresar.
Libertad para el pueblo de Argos.

ORESTES: Señora...

ELECTRA: Calla, déjame escuchar estas voces y escúchalas
tú también. Si sabes lo que te conviene,
darás media vuelta. Si vas a hacer
lo que debe ser hecho, lo mismo estarás ahora
en el final del camino que a su inicio.

ORESTES: Algo va mal en un lugar donde todos hablan
con enigmas. Pero yo estoy aquí en busca de claridad
y de un lugar donde reposar mi fatiga.
No entiendo de segundas intenciones
ni comprendo este lenguaje intoxicado.
Sólo quiero que alguien me responda
a preguntas que yo mismo no me sé formular.

ELECTRA: Créeme si te digo que tampoco yo
estimo los enigmas. Lo que haya que decir
es mejor decirlo de una vez y para siempre,
pero a veces una clave es necesaria para hablarle
a quien no quiere oír ni desea enterarse.

ORESTES: También tú debes creerme si te digo
que ese no es mi caso.

Hace tiempo sabía una cosa, la tenía muy clara,
pero ahora ya no la sé y quiero saber otra.

ELECTRA: ¿Y tú acusas a Oma de ser un enigma?
Si no puedes decir qué estás buscando,
por lo menos ten una idea exacta de qué es
aquello que estás rechazando.

ORESTES: Es cierto que no sé expresar lo que quiero,
por eso vengo aquí en busca de ayuda.
En Oma todos me dirigen hacia ti y me dicen
que eres tú quien ve las cosas que nadie más
puede ver. Observa mi interior y dime
de qué carezco para sentirme completo.

ELECTRA: ¿Y por qué crees que en Oma
encontrarás lo que buscas?

ORESTES: Porque un día salí de este lugar
y ahora que soy diferente sé
que es aquí donde debía volver. Busco
lo que entonces rechacé sin darle una oportunidad,
y ahora quisiera rectificar y aprender
a escuchar las voces que desoí en su momento.

ELECTRA: ¿Esas voces son todas iguales?

ORESTES: No. Entre todas destaca una guiándome,
prohibiéndome, aconsejándome...
Quiere conducirme, pretende educarme,
pero yo no le hago caso. Es una voz firme
e imperiosa, acostumbrada a ordenar

y dirigir a los demás, pero conmigo no puede.
Mi padre me habla y yo me enfrento a él,
me da explicaciones que no me convencen,
me presenta estrategias que me niego a compartir.
Mi padre se desvanece ante mis ojos
porque no quiero verlo, me obligo a mirar para otro lado
y no contemplar aquello que me muestra.
Ni él ni su mundo son nítidos;
ambos me resultan borrosos, se esfuman
porque no quiero fijarme en sus contornos.
La vida de mi padre no es la mía,
sus deseos no me satisfacen,
su futuro me resulta agresivo y estéril y sé
que no he de habitar el destino que me ofrece.
A sus ruegos respondo que no, a sus mandatos
me vuelvo desobediente, a su dedo acusador
me muestro insolente y me encaro con él.
Es mi padre, sí, pero yo soy el hijo rebelde
que se niega a aceptar su legado, una labor
que me empeño inconscientemente en destruir.

ELECTRA: Tus palabras me recuerdan a las mías,
pero acaso todos los hijos contemos
la misma historia cuando hablamos de los padres.

ORESTES: Pero no todos faltan al respeto como yo,
no todos agreden como yo,
no todos empuñan las armas,
se unen a grupos de violentos,
enarbolan ideas enemigas como yo.
Quise hacer daño a mi padre, en quien no creía,
y asumí posturas contrarias sin más razón

que la ceguera juvenil. He cometido atropellos,
me he comportado como un vulgar delincuente
instigado por malos consejeros
en quienes no debí depositar
una confianza que no se merecían.

ELECTRA: Un hombre que se parecía a ti
salió hace tiempo de este lugar
y todavía no ha vuelto.

ORESTES: También yo me marché obligado
por un padre que quiso hacerme madurar
con los rigores del mundo.

ELECTRA: ¿Y tu padre tuvo éxito con una apuesta tan arriesgada?

ORESTES: Por lo menos estoy aquí, tras haber recorrido
tierras y países lejanos. He conocido gentes
sorprendentemente extrañas, diferentes, distintas
a cuanto hubiese podido imaginar jamás.
He visto el dolor y la risa, los manantiales del placer
y las fuentes del desengaño. Pero allí donde he ido
siempre había algo que me hablaba de Oma,
del bosque de mi padre Agamenón,
creado por los dioses para celebrar su nacimiento
y profanado por mí innumerables veces
en compañía de jóvenes licenciosos. El mundo entero
traía para mí el recuerdo de este bosque,
en el que pude ser feliz y que me sirvió
para hacer a mi padre muchas veces desdichado.

ELECTRA: Has dicho por qué te fuiste y qué has hecho
desde entonces, pero aún no has revelado por qué regresas.

ORESTES: No, desde luego, para decirle a mi padre
que ahora lo comprendo y pedirle perdón.
Las fronteras son poca cosa para impedir
que una noticia como la muerte de Agamenón
no recorra los confines del mundo
estremeciéndonos a todos y más aún
a quienes tenemos una deuda con él,
que en el fondo somos cuantos lo hemos conocido
y también aquellos que jamás llegaron a verlo.
Sé que mi padre ha muerto,
pero lo ha hecho antes de poder recuperarlo,
y ahora me encuentro vacío, sin mi antiguo rencor
pero aún sin nada nuevo, sin firmeza ni convicciones,
sin saber qué hacer ni a quién seguir,
sin ideas ajenas pero también sin ideas propias.
Me hago mayor y me siento muy solo,
y no quiero volver a ser el mismo que fui,
porque he visto que el mundo
no es un buen lugar para agresivos y destructores
sin nada que aportar. Yo quiero construir;
crear algo, aunque aún no sepa qué; ayudar a los demás...
pero no lo puedo hacer si antes no me ayudo a mí mismo,
y ya no tengo un padre que lo haga en mi lugar.

ELECTRA: Orestes, de joven admirabas a Egisto.
Ahora él es el rey. Pídele ayuda a tu antiguo protector.

ORESTES: No sé mucho del nuevo Argos, pero sí sé
que Egisto reina al lado de mi madre Clitemnestra.
Los hechos grandes se saben desde lejos,
pero las pequeñas cosas se ignoran hasta que no se ven.
Y yo he necesitado acercarme hasta Oma para ir

poco a poco escuchando noticias del pueblo:
palabras graves que hablan de exclusión e injusticia,
de persecución y tiranía de unos cuantos
sobre sus propios hermanos... No sé qué pensar,
porque este no es el futuro que soñábamos
de jóvenes, cuando creíamos que el tiempo
nos haría poderosos y fuertes,
no implacables y mezquinos.

ELECTRA: Eres un joven hermoso, Orestes.

Tu aspecto es fuerte y poderoso, y no veo en ti asomo
de mezquindad o malicia. Si quieres saber algo,
lo sabrás; si quieres crear algo,
sin duda lo crearás. Y si quieres estar solo,
entiendo que has venido al mejor lugar posible.
Eres hijo de Agamenón y estás en su bosque.
Parte de lo que aquí ves te pertenece.
Puede que incluso este árbol que aparentemente me protege,
pero que acaso sigue en pie porque es él
quien está bajo mi protección, sea tuyo también.
Si quieres, puedes reclamar tu legado, tus bienes,
y recuperar tu lugar en Argos
como príncipe heredero.

ORESTES: Argos ya tiene quien suceda a Clitemnestra: mi hermana Electra.

A ella le corresponde reinar en el futuro
y no estoy aquí para disputarle ese don.
La dicha del exilio me ha puesto en mi lugar,
y sé que no estoy preparado para dirigir
los pasos futuros del pueblo de Argos.

ELECTRA: Orestes es el primogénito, el hijo
destinado a continuar la estirpe de Agamenón.

La corona de tu padre debería adornar
hoy tus sienes, no las de Egisto.

ORESTES: Mi padre me expulsó y yo he vivido
suficientes años fuera de aquí como para tomarme
demasiado en serio mi destino.

El Orestes que ahora ves no es aquel
que arrojaba piedras contra los guardianes de la ley.
Lejos de Argos he visto pueblos felices y pueblos desgraciados,
vecinos que construían el hogar de sus vecinos
y hermanos levantados en pie de guerra contra sus hermanos.
He vivido en armonía y en medio del fragor de las batallas,
y he aprendido a distinguir la placidez de la indolencia,
lo mismo que el dinamismo del nervioso frenesí.
Cuando era joven no sabía diferenciar la necesidad
del capricho, ni la contingencia de la obsesión,
y he precisado recorrer el mundo
para saber orientar mis pasos dentro de un rincón
confortable y cálido. No ambiciono nada
ni tengo inclinación alguna hacia honores y halagos.
Si cometí un error y mi castigo
es haberme convertido en un hombre corriente,
admito mi culpa y acepto mi pena.
Y si eso significa que Egisto ha de ser rey, que lo sea,
como antes lo fue Agamenón y después lo será Electra.
No soy quién para alterar el orden de las cosas
ni imponer ritmos no previstos. Argos
ha vivido largos años sin mí y puede seguir viviéndolos,
porque lo único que espero de ella es
un pequeño espacio donde levantar un altar
en el que honrar a mi padre.
Es lo menos que puedo hacer ahora
que ya no puedo reconciliarme con su persona.

ELECTRA: Hay algo de presunción en afirmar que Electra reinará. Tanta, al menos, como en no cuestionarte la idoneidad de Egisto a pesar de que has oído parte del desencanto del pueblo respecto al rey. Quisiera creer que el exilio te ha llenado de paz, no que te haya privado de energía.

ORESTES: Si he de decir la verdad, la persona más enérgica de mi familia era mi hermana Electra. Ifigenia era dulce, callada, sumisa. Sólo tenía ojos para su padre y sé que habría sido feliz al lado de cualquier hombre que la protegiese como creía ella que Agamenón la protegía. Era una joya destinada a ser cuidada, como una tierna flor que sólo floreciese a fuerza de mimos... salvo que Ifigenia jamás tuvo ocasión de florecer. Electra, en cambio, era la primera en organizar luchas en los juegos infantiles. Gustaba de pelear contra los otros niños y sabía esquivar los golpes y revolversse contra su adversario hasta dejarlo tendido en tierra humillado y dolorido. Electra nunca permitía que nadie la dominase ni soportaba la idea de verse adelantada en las carreras. Era una pequeña fierecilla, y lo cierto es que tengo de Electra un recuerdo simpático y vivaz, como una niña en medio de una travesura permanente. Me seguía a todas partes y se volvió rebelde cuando yo lo hice, pero se apartó a tiempo al descubrir que hay peleas que no deben traspasar el ámbito de los juegos.

ELECTRA: Dices que Electra te seguía como una sombra
acompaña al cuerpo que la dibuja,
pero ella se quedó junto a tu padre
y permitió que te marchases solo.

ORESTES: ¿Qué otro no habría hecho lo mismo en su lugar?

ELECTRA: Al menos uno: Orestes.

ORESTES: No hace falta ni es conveniente
atacar a Electra para alabarme,
porque de ninguna manera esa estrategia
servirá para hacerme feliz. Mi corazón,
que tan vacío está ya, sí guarda en su interior
un espacio que ocupan mis hermanas.
No les guardo el menor reproche, al contrario:
si es difícil nacer varón en una familia acostumbrada
a exigir a sus herederos y a compararlos
con sus predecesores, no es menos ardua la labor
de quienes han de ocupar un lugar secundario
por el mero hecho de ser mujer.
De poco le valió a Ifigenia su tierna sensibilidad
por todo lo humano, ni a Electra su inteligencia y tesón.
Habría dado lo que fuese por cualquiera de esos dones,
pero no me pertenecen a mí sino a mis hermanas,
y las admiro justamente por ser aquello
que yo no soy ni puedo ser. Por eso te ruego
que no me hables mal de Electra,
de quien no pude despedirme
como hubiese querido al marcharme de Argos
y cuyo destino todavía me resulta desconocido.

ELECTRA: En Oma ya has oído comentarios sobre Egisto.
Pregunta a cualquiera y también te hablarán de Electra.
Incluso te conducirán adonde ella habita.

ORESTES: ¿Luego Electra está viva?

ELECTRA: ¿Acaso lo dudabas?

ORESTES: A veces me asaltan extraños sueños,
ráfagas de temor que pretenden detener mis pasos.
En esos momentos puedo creer cualquier cosa
y nada es lo bastante desagradable
cuando el miedo te sorprende a traición.
Sí, al pensar en Electra temo
que me lleguen noticias tenebrosas.

ELECTRA: Se diría que Electra es para ti una niña
que no supiese cuidarse a sí misma,
como si tuviese necesidad de protección y amparo.

ORESTES: Sé lo que vas a decir: que quizá sea yo
el que anhela tener algo que proteger,
y acaso sea verdad que imagino una Electra
a la medida de mis necesidades. Sin embargo,
y esto es lo peor para mí, lo que jamás antes
me he confesado ni siquiera a mí mismo
es que soy yo quien desea ser protegido,
quien busca fundirse con Electra en un abrazo
y refugiarse en lo más profundo de su seno.
Me quedan pocos lazos con el pasado:
muertos Ifigenia y Agamenón, uno es Clitemnestra,
la madre distante de la que he empezado a dudar

desde que he entrado en este bosque;
el otro es Electra, la que es fuerza y energía,
la que es todo ímpetu y vigor.

ELECTRA: Llevas demasiado tiempo lejos, Orestes, y el mundo
ha cambiado mil veces desde que ya no estás aquí.
Electra no es más fuerte que tú
ni está revestida de tanto valor como crees.
Si Electra tuviese tanto arrojo,
habría hecho algo positivo ahora que Argos
se reduce bajo el mando de Egisto. Pero Electra
sólo sabe aguardar la llegada de alguien
que actúe por ella, que ocupe su lugar y dirija
las acciones que liberen a este pueblo oprimido.
Electra espera a Orestes. Electra te espera a ti,
pero no quiere descubrirse y prefiere
seguir escondida hasta que tú te ofrezcas
a hacer lo que ella no se atreve a pedirte.

ORESTES: Si Electra supiese lo mucho que la echo de menos...

ELECTRA: Si Orestes supiese lo mucho que Electra lo ha extrañado...

ORESTES: He venido aquí para ser consolado,
pero si es Electra quien necesita llorar
en unos brazos, los míos están dispuestos.

ELECTRA: Hace tiempo que me quedé sin lágrimas, Orestes.
Déjame por esta vez compartir las tuyas.

(Orestes y Electra se abrazan.)

ORESTES: ¡Electra, hermana mía! Se escuchan tantas cosas contradictorias sobre ti: que si estás loca, que si sólo tu odio es mayor que tu rabia; que si, por el contrario, luchas por conservar el buen nombre de nuestro padre, a veces puesto en entredicho; y también se asegura que tienes visiones del porvenir... Electra, cuando oigo todo eso sólo puedo pensar en lo mucho que debes de estar sufriendo... Perdóname por haberte dejado sola en este mundo extraño.

ELECTRA: Nunca he estado sola, Orestes, porque siempre he estado esperándote. En los momentos más duros pienso en ti y eso me basta para seguir resistiendo. Mi querido hermano, ahora que estás aquí mis cadenas dejan de tener sentido, porque sé que impedirás que los hombres oscuros regresen con sus hachas y reanuden la tarea de destruir el bosque.

ORESTES: No sé de qué hombres hablas ni qué pretendías al convertirme en una especie de eremita que vigila la entrada de un oráculo. No obstante, estoy aquí para ayudarte y eso haré. Dime qué quieres de mí.

ELECTRA: Nuestra madre ha entregado el poder a un hombre cargado de promesas engañosas, y hoy Argos se debate entre la tiranía y la ceguera nacida de un absurdo orgullo nacional. Si de Egisto dependiese,

Argos daría la espalda al mundo
y se cerraría sobre sí misma.
A muchos ha logrado convencerlos
de los supuestos beneficios de este plan,
pero aquellos que se han resistido son perseguidos
y acosados para que huyan de la ciudad,
privándoles de toda opción de regresar.
Hordas de salvajes recorren las calles
imponiendo a golpes de violencia
esta manera única de pensar.
El dolor y el terror habitan hoy en Argos,
y cualquier recuerdo de Agamenón ha sido arrasado.
Sólo Oma se ha salvado en parte de la quema,
pero ya no queda mucho para que Egisto y sus hombres
me pierdan por completo el respeto que aún les impide
actuar definitivamente sobre el bosque.

ORESTES: ¿Me pides que te ayude a preservar estos árboles sagrados?

ELECTRA: Te pido que impidas que Agamenón desaparezca.
Que conserves sus palabras, que su figura
sea un modelo para ti, que devuelvas a su imagen
el esplendor que ahora está empañado
y, sobre todo, que recuperes Argos para él:
que sus habitantes vuelvan a ser libres,
que la ciudad restaure su amistad
con el resto de ciudades, que ningún forastero
vuelva a sentirse ajeno al visitarla
y que se impida a los gobernantes actuar
a expensas de la voluntad del pueblo.
No te pido nada más, salvo que seas en Argos
la voz y la conciencia de nuestro padre.

ORESTES: No dudo que Egisto haya mostrado su peor faz tras haber sido coronado, pero no puedo creer que la reina haya consentido que las cosas llegasen al estado que aseguras. Tal vez tu dolor te hace exagerar, Electra, y Argos no esté sumida en semejante caos.

ELECTRA: Orestes, eres hijo de la reina Clitemnestra y por eso es lógico que la defiendas y pretendas excusarla, pero recuerda que también yo soy hija suya y soporto la misma mancha que está ante tus ojos y te niegas a ver. Lo que te digo es real, y tú mismo has escuchado quejas semejantes que crecían en intensidad conforme te acercabas a Oma. Quisieras creer, tal vez, que todo sea cosa de Egisto, y que este hubiese actuado a espaldas de Clitemnestra. Ojalá fuese así, Orestes, porque también yo dormiría más tranquila, pero Clitemnestra es reina de Argos, y nada ocurre en Argos que no llegue tarde o temprano a su conocimiento; e incluso nada sucede sin que ella esté detrás y sea de un modo u otro responsable. Porque es así, Orestes: Clitemnestra es partícipe de los actos de Egisto y su culpa no es menor que la de él.

ORESTES: Salí de Argos enfadado con mi padre, y ahora que he aprendido a aceptarlo y respetarlo me pides que renuncie a mi madre. Vengo en busca de sosiego y sólo encuentro inquietud y desánimo.

ELECTRA: Vete entonces y habla con ella; haz lo que yo soy ya incapaz de hacer. Pregúntale y escucha sus excusas, sus mentiras, los mimos que nunca regaló y con los que ahora querrá embaucarte. Busca en Argos a Clitemnestra y pídele que te diga la verdad sobre la muerte de nuestro padre.

ORESTES: Lo que insinúas es terrible.

ELECTRA: No insinúo nada. Afirmo que Egisto y Clitemnestra mataron a Agamenón. Egisto y Clitemnestra, los dos, juntos, unidos en la traición y el crimen. Argos se extiende hoy bajo un trono manchado de sangre, por eso la infección hace brotar pústulas hasta en los últimos rincones de la ciudad.

ORESTES: La sola idea de una esposa asesina de su esposo me repugna, pero que además se trate de nuestra madre me divide por dentro. La mitad de mí lucha contra la otra mitad y la aniquila, y lo mismo ocurre contigo. No me extraña que haya quien diga que Electra ha perdido la razón, porque también yo empiezo a sentir que se me va la cordura.

ELECTRA: Sabía que sólo tú podías entenderme.

ORESTES: ¿Desde cuándo lo sabes?

ELECTRA: Eso no importa.

ORESTES: Pero sí tendrás alguna prueba.

ELECTRA: No. Ninguna.

ORESTES: Entonces es posible que estés equivocada.

ELECTRA: Desgraciadamente no. El bosque de Oma
me ha mostrado la verdad, me ha revelado
lo que pocos más conocen,
y bien sabes que el bosque no miente.

ORESTES: Agamenón habla por el bosque de Oma, lo sé.
Estos árboles sagrados forman parte de él.
Si lo que dices es cierto, y ojalá no lo fuese, comprendo
que Egisto y nuestra madre deseen su destrucción.

ELECTRA: Los árboles que faltan se convirtieron
en madera para su tálamo nupcial, en leña
para los fuegos que festejaron unas bodas malditas:
el recuerdo de nuestro padre deshecho en cenizas que volaron
sobre el palacio en que dormía la pareja criminal.

ORESTES: ¿Y has aguantado todo este tiempo sin hacer nada?

ELECTRA: Al morir Agamenón me sentí vacía, sin fuerza ni asideros.
Y aún me hundí más cuando nuestra madre anunció
su compromiso con Egisto. Yo aún no sabía del crimen
y no podía comprender que un hombre íntegro
y responsable pudiese ser sustituido por un ambicioso
lleno de complejos. Vagué, anduve perdida,
convertida en una sombra de mí misma,
hasta que el bosque me acogió,

me dijo la verdad y rehizo mi coraje.
Desde entonces mi vida ha sido esperarte
y mantener fresco mi deseo de justicia.
Pero no podía hacer más, porque sólo soy una mujer,
y aun una mujer sola. ¿A quién podía convencer
para que me ayudase o saliese en mi defensa?
¿A quién hacer partícipe de una tragedia tan grande?
No había ningún motivo para que los hombres de Argos
creyesen en mí, porque era mi palabra contra la de Egisto
y nuestra madre. Y lo más que podía pasar era
que vieses en mí a una hija enloquecida
incapaz de superar la muerte de su padre.
No me importaba que me creyeran loca,
pero no podía dejar que el olvido me barriese
como un viento arrastra las hojas secas de la calle.
Ahora, por fin, estás aquí, y yo puedo desembarazarme
de estas cadenas y este aspecto demencial,
porque ya tengo alguien con quien compartir mi carga.

ORESTES: Mi presencia te libera, pero tus palabras
caen sobre mí y me arrojan al abismo.
Salí de aquí sumido en el error y regreso
a una tierra completamente equivocada.
Creí en algún momento que me había dejado
dominar por el mal y veo ahora
cómo el mal se ha aposentado sobre Argos,
adueñándose de la ciudad y sus gentes.
Siento vergüenza y estupor,
y me niego a pensar que lata en mí un corazón
semejante al de mi madre.

ELECTRA: ¿Qué vas a hacer?

ORESTES: No lo sé. No puedo pensar. En un momento no es posible
asimilar tanta desdicha, y tan excesiva.
Quisiera acercarme a Argos y hablar
con nuestra madre. Seguro que ella tiene
algo que decirme y que quizá vierta
un poco de luz sobre la oscuridad que me rodea
y que ha hecho mella en mi pecho.
Compréndeme: debo verla.

ELECTRA: No hace falta que te excuses, Orestes.
Te entiendo muy bien. También yo quisiera
hablar con ella si eso sirviese para cambiar
el pasado, pero en mi caso no es posible
y me temo que tampoco en el tuyo.
Sin embargo, una cosa es lo que yo opine
y otra muy distinta lo que debes hacer.
Ve a Argos, acércate al palacio
y ten un encuentro con Clitemnestra.
Quizá tú pongas fin a lo que para mí
no tiene fácil solución.

ORESTES: Adiós, Electra. Habría preferido verte en otras condiciones.

ELECTRA: Tampoco es esta la conversación
que habría soñado tener contigo, Orestes.
Pero, ya que no podemos elegir nuestro ayer,
adueñémonos al menos del mañana.

(Orestes se marcha.)

CORO: El hijo de Agamenón regresa a Argos.
El hermoso Orestes, el príncipe
que ha vivido lejos, ha vuelto a su hogar.

ELECTRA: El hijo de Agamenón ha regresado.
Orestes por fin en casa.

CORO: El pasado confluye con el presente y abre
una incógnita sobre el futuro más próximo.
De repente hay en Argos un número de reyes excesivo
y que ninguna ciudad puede sustentar.
Algo va a ocurrir. Estamos asomados
a un hecho decisivo que cambiará nuestra Historia.
Orestes está de nuevo en Argos
y el mundo entero se deshace a su paso.

ELECTRA: He esperado tanto tiempo a mi hermano
que al final no le he dicho las palabras
que le tenía destinadas. Creí estar preparada
para su encuentro pero me equivoqué, y ahora
no sé si va a actuar siguiendo su instinto
o instigado por algo de lo hablado.
Va a la ciudad para ver a Clitemnestra y de repente
siento una náusea en la que no había reparado.
Algo grave está a punto de pasar, algo lógico
y al mismo tiempo imprevisto,
pero no me atrevo a describirlo
porque aún no sé si me hace feliz o no,
y seguramente jamás lo sabré... Orestes,
ojalá la reina no fuese nuestra madre
ni fuésemos hijos de un rey excepcional
como Agamenón. Tal vez entonces no estaríamos aquí
ni sufriríamos por la suerte que corren
los habitantes de la ciudad.
Si volviésemos a ser dos adolescentes impulsivos,
nos alejaríamos de aquí y marcharíamos

a tierras nuevas, países inexplorados
donde asentarnos y fundar un orden
diferente de las cosas... Pero la tierra que nos acoge
no es otra más que esta, y en lo que ha de suceder
nadie puede intervenir si no ha sido llamado a ello.
Padre, protege a tu hijo. Bosque de Oma,
devuélveme parte de la fuerza que te he brindado,
porque empiezo a sentir que el cansancio
se apodera de mí definitivamente
y que un estremecimiento de origen desconocido
se está adueñando de mi cuerpo...
Orestes va en busca de la mujer que lo engendró,
pero sus intenciones no son las del hijo que recupera
el afecto perdido hacia sus mayores. Y, sin embargo,
nadie hay menos indicada que yo
para reprochar a mi hermano las emociones
que se cruzan en su interior.
No sé si hoy es un día de celebración
o si ha amanecido bajo el signo de la desdicha,
pero sí sé que el tiempo de Electra en Oma
está llegando a su fin. Déjame, bosque sagrado,
que me despida de ti, y ayúdame a restañar
las nuevas heridas que laceran mi ánimo.

(Electra se retira al interior del bosque. Demódoco y el Corifeo reaparecen.)

CORO: Las cadenas de Electra descansan junto al árbol.

DEMÓDOCO: El bosque de Oma se ha quedado vacío,
como un hueco que se fuese ensanchando
hasta hacerse insondable.

CORIFEO: Las cadenas de Electra descansan junto al árbol.
¿Pasará lo mismo con las cadenas de Argos?

DEMÓDOCOC: En cada eslabón se reconoce a Egisto.
Clitemnestra es el candado y Orestes la llave.

CORIFEO: ¿Y Electra?

DEMÓDOCOC: Ella es el fuego de la fragua, y también el yunque
y el martillo, y hasta el agua que enfría
el calor del metal recién forjado.
Electra es la vida y es la muerte,
es el dolor y es la sabiduría.
Compadécete de ella, porque nadie envidiaría su tarea
que sin embargo es imprescindible.

CORO: Las cadenas de Electra descansan junto al árbol,
pero Electra misma tiene prohibido descansar.
Electra vigila,
Electra permanece alerta y nos protege,
Electra nos preserva del mal,
Electra nos guía.

CORIFEO: Pero Electra ya no está, y tampoco Orestes.

(Aparecen Orestes y Clitemnestra, convocados por el relato de Demódoco.)

DEMÓDOCOC: Orestes asciende la escalera del palacio
y se muestra a Clitemnestra. La reina
ve a su hijo por primera vez en muchos años,
y el príncipe contempla a su madre

como si nunca antes la hubiese visto
y quisiese grabar en su memoria
hasta el menor de sus rasgos.
Están de pie, frente a frente,
midiéndose el uno al otro, sin iniciar ninguno
ese acercamiento que se imagina en estos casos,
cuando madre e hijo se reencuentran y se supone
que se van unir en un abrazo mientras se besan
e intentan entre sollozos comenzar a contarse
las muchas cosas que desean decirse.
Pero Orestes y Clitemnestra permanecen quietos
y sin hablarse, y sin tocarse tampoco:
ni una caricia, ni un ademán, ni un pequeño gesto
de complicidad, cariño o amenaza. El tiempo
corre detenido entre dos figuras inmóviles...
Pero tanta frialdad no se puede mantener
sin que se quiebre, y la primera en moverse
es Clitemnestra. Va a darse media vuelta,
quizá para huir, quizá para dejar de ver
un recuerdo que la daña. Y entonces Orestes
la agarra, la sujeta, la estrecha junto a él,
la abraza.
Clitemnestra apoya su mejilla en la mejilla
de su hijo y cierra los ojos. Su cuerpo
queda tenso un momento, se agita
movido por una pequeña convulsión,
y finalmente se relaja y queda inerte
entre los brazos del príncipe.
Clitemnestra ha muerto,
y una época en Argos se extingue.

(Orestes desaparece, llevándose a Clitemnestra.)

CORIFEO: Sobre el bosque oscuro se extienden las sombras.

DEMÓDOCO: La noche es antesala de la luz,
pero también hay noches que duran para siempre.

(Aparece Egisto.)

EGISTO: ¡Electra, mujer maldita!
¿Dónde estás, hembra infernal?
¿En qué lugar te escondes?

CORO: Ten cuidado, Electra. Tus días están contados
y te ha llegado el turno de tu final.

EGISTO: ¡Electra!

(Aparece Electra.)

ELECTRA: Aquí estoy. Yo no me escondo
¿Para qué me estás buscando?

EGISTO: Todo esto es cosa tuya.
Querías sangre y no has descansado
hasta que otro la ha derramado por ti.
Ahora será la tuya la que riegue estos árboles
y quemé sus raíces con la ponzoña de tus venas.

ELECTRA: ¿Qué manera es esta de hablar?
¿De qué crimen me acusas?

EGISTO: Eres hipócrita y cobarde,
lo que nunca sospeché de ti.

Has matado a tu madre y nada impedirá
que tu muerte siga a la suya.

ELECTRA: Clitemnestra murió para mí hace mucho tiempo.
No me agobies con lutos anticuados.

EGISTO: ¡Cómo te pareces a ella! ¡Igual de intrigante,
igual de dura y rencorosa!

ELECTRA: No, Egisto; en eso te equivocas.
Lo que siento no es rencor,
aunque yo misma, confundida, lo creí así.
Es serenidad y anhelo de justicia, pero he desistido
de que puedas comprender a qué me refiero.

EGISTO: Tu palabrería no evitará tu condena.
Prepárate a morir.

(Aparece Orestes.)

ORESTES: ¡Deja a esa mujer! Si quieres vengarte de alguien,
son mis manos las que guardan aún
el último calor de Clitemnestra.

EGISTO: Tuyas son las manos, y suya es la voluntad.
Agamenón estaría satisfecho de vosotros.

(Orestes mata a Egisto tras una lucha.)

CORO: Argos se ha quedado sin reyes. La ciudad
está huérfana de poder y gobierno. El terror
nacido en las alturas se ha vuelto sobre sí mismo
y un abismo de inquietud se presenta ante nosotros.

CORIFEO: La corona de Agamenón vuelve a su estirpe.
Salud a Orestes y Electra, reyes de Argos.

CORO: ¡Orestes y Electra, reyes de Argos!

ORESTES: ¡Orestes, no! Reinar es un honor que no me corresponde.
Nací para enfrentarme al poder, no para ejercerlo.
No sabría qué hacer con él.
El mejor heredero de Agamenón no soy yo,
que he estado demasiado tiempo fuera de Argos
como para pretender ahora conocer vuestros problemas
y hallarles solución. Nadie como Electra
ha sabido guardar el legado de mi padre
y es ella la única que merece reinar.
¡Salud a Electra, reina de Argos!

CORO: ¡Electra!

ELECTRA: No, Orestes. No, ciudadanos de Argos.
Yo no puedo ser vuestra reina. Egisto
tenía razón y sobre mí gravita una culpa de sangre.
Clitemnestra y Egisto fundaban su poder
sobre la destrucción y el crimen,
y si yo les sucediese en el trono
no habría nada en mí que me diferenciase de ellos.

ORESTES: Tus manos están limpias.

CORO: ¡Electra! ¡Tus manos están limpias!

ELECTRA: Tal vez sea así ante los demás, pero no ante mis ojos.
Dicen que Electra está loca, y quizá sea verdad

porque Electra tiene serias dudas
acerca de sí misma. Argos no merece
construir su futuro sobre una base inestable.
Agamenón nunca lo hubiera consentido
y bien dices que nada me ha guiado
salvo preservar su recuerdo. No puedo hacer
lo que él no hubiera hecho ni aceptado,
y no asumiré sobre mis sienes la corona de Argos.

CORO: ¡Electra! ¡Tus manos están limpias!

ELECTRA: Demódoco...

DEMÓDOCO: Señora.

ELECTRA: Demódoco, en una ocasión Agamenón te pidió
que aconsejases a Clitemnestra en el gobierno.
Mi padre te eligió porque creía en ti,
y yo no tengo motivos para creer
que el rey estuviese equivocado.
Lo que hiciste una vez puedes volver a hacerlo,
y aun mejor que antes, sin nadie que intente
presionarte o te vea como un rival
para acceder al trono. Demódoco, te pido
que seas tú quien dirija los pasos de Argos
en esta nueva etapa que ahora comienza. Sé
que el espíritu de Agamenón te guiará al sentar
las bases necesarias para que esta ciudad
se gobierne a sí misma.

DEMÓDOCO: ¿Y qué pasará con Electra?

CORO: ¡Electra!

ELECTRA: ¿Conmigo? No lo sé. Mi presencia en Argos carece de sentido, y tampoco el bosque de Oma puede seguir siendo mi hogar.

Nada hay aquí que me retenga,
pues si antes la memoria de Agamenón me daba aliento suficiente para resistir los embates de Egisto, ahora el recuerdo de estas muertes recientes me causa intranquilidad y desasosiego.

Argos estará mejor sin mí,
centrándose en la construcción de su futuro y olvidándome. Por eso debo irme inmediatamente, marcharme de aquí a otro lugar.

ORESTES: Yo iré contigo.

CORO: ¡Electra! ¡Tus manos están limpias!

ELECTRA: Mi querido Orestes, hemos vivido demasiado tiempo separados y nada sería tan agradable como unirme a ti y viajar a tu lado. Sin embargo, tú has conocido ya el exilio y en la soledad has purgado tus culpas, y esta vez debo ser yo quien pase por esa experiencia. Sola me iré de aquí y sola iniciaré un camino sin rumbo fijo. Argos está salvada y pronto en el bosque de Oma renacerá entre colores el recuerdo de Agamenón. Ahora soy yo quien debe encontrar un nuevo sentido a su existencia,

y ese viaje es también una aventura interior.
Allá donde voy, nadie puede acompañarme.
Dejadme que también yo descubra mi propio destino.

FIN

Electra en Oma

de

Pedro Villora

se acabó de imprimir
el 13 de abril de 2006,
fecha del centenario
del nacimiento
de
Samuel Beckett

